

ESTUDIOS

TEOLOGIA DE LA PREDICACION EN SAN PABLO

Una reflexión teológica sobre la predicación en san Pablo puede resultar de interés y actualidad bajo diversos puntos de vista.

En primer lugar para conocer la personalidad apostólica de Pablo ¹.

La Liturgia llama a Pablo «Predicador de la verdad», «Gran Predicador». Este es el rasgo distintivo suyo, aun con relación a los otros apóstoles: el ser *predicador* —doctor de las gentes—. Para eso le seleccionó Jesucristo, para ser vaso de elección destinado a llevar el nombre de Jesús hasta los confines de la tierra (Hech. 9, 15), como pregonero de la enhorabuena de salvación. Pablo tenía conciencia de que esta era la misión personal que Dios le había dado a él. Trabajó en la fundación y propagación de la Iglesia más que ningún otro de los apóstoles (1 Cor. 15, 10), pero su orgullo en el Señor —si es lícito gloriarse— era el ser pregonero del evangelio y heraldo del Gran Rey ante los gentiles, que no le conocían ².

La actividad predicatoria —kerigmática— de Pablo no era en él algo superpuesto ni resultado de preferencias personales: era el destino eterno dado por Dios a él, su razón de ser en el mundo; lo que daba dinamismo, responsabilidad y contenido definitivo a su existencia. El tenía conciencia de esta su eterna elección (Gal. 1, 15-16; Cfr. Ef. 3, 1-13; Col. 1, 23-29). Si la vida y personalidad de Pablo hubieran de ser estudiadas según las categorías teológicas en que ellas se desarrollaron, la categoría teológica de «predicador», pregonero y heraldo del Evangelio había de ocupar un puesto primordial.

1. El trabajo fue hecho para ser presentado en la XXIII Semana española de Teología tenida en Tarragona en septiembre de 1963, con motivo del XX centenario de la venida de san Pablo a España.

2. Gal. 2, 8-9, 2; Rom. 1, 5; 11, 13; 1 Tim. 2, 7; 2 Tim. 1, 11; Hech. 22, 21.

Aparte de su referencia a san Pablo, el estudio teológico de la predicación puede resultar especialmente interesante en la actualidad: Una de las grandes tareas de la teología en estos últimos decenios es la de lograr una sistematización convincente de las enseñanzas de la tradición católica sobre la *teología de la Palabra*. Pues bien, dentro de la teología de la Palabra, la teología de la predicación ocupa un puesto de primer plano, sobre todo si es estudiada en san Pablo, «gran predicador de la verdad».

Nuestra *reflexión teológica sobre la predicación* tiene presentes únicamente los textos de san Pablo. Otros testimonios de la Escritura sólo son aducidos como contexto más o menos próximo del pensamiento del Apóstol.

1. *Qué significa "predicar" para san Pablo.*

Para describir su actividad en la proclamación de los acontecimientos salvíficos y en la difusión de la doctrina revelada que sobre ellos se eleva, Pablo usa continuamente las palabras «kerisso - cuanguelizo - katanguello». Podrían traducirse casi indistintamente en español por «pregonar - dar buenas noticias - anunciar». Y aunque el contenido real podría pasar por equivalente en lo sustancial, pero cada uno de estos términos reviste sus matices propios que se completan mutuamente:

«Kerisso» significa más concretamente «pregonar», proclamar en voz alta un hecho, acontecimiento o un mandato. Pone más de relieve la publicidad, el carácter oficial, la solemnidad, la fuerza obligatoria con que se anuncia ante el público y con autoridad el Mensaje de Salud. — Como un *heraldo* que pregonar la venida del rey, sus gestas, sus decisiones, su voluntad de ser gracioso para los súbditos ³.

«Euanguelizo», significa anunciar una buena y alegre noticia. Se refiere más directamente al contenido del mensaje anunciado: lo pregonado por el heraldo tiene carácter de enhorabuena, mensaje que trae la gracia y la paz ⁴.

«Katanguello» no es tan fácil de matizar en español: Significa anunciar, subrayando más particularmente el hecho de que lo anun-

3. Los textos del N. Testamento se encontrarán reunidos en W. BAUER, *Wörterbuch zum NT.*, «kerygma-kerix-kerisso». Los mismos textos con su contenido teológico en KITTEL, *ThWB.*, «kerigma-kerix-kerisso». Véase también A. DE VILLALMONTE, *La Teología Kerigmática* (Barcelona, Herder, 1963): El kerigma del NT., pp. 19-37; bibliografía p. 98.

4. BAUER, *ob. cit.*, «euanguelizo-euanguelion». KITTEL, *ThWB.*, «euanguelizo-euanguelion», p.

ciado significa el cumplimiento dichoso y beatificante de una esperanza que venía alimentándose desde antiguo en el corazón del que recibe el mensaje ⁵.

Todos estos matices encierra el mensaje que Pablo difunde por los confines del mundo conocido. Todos ellos podemos y debemos encerrarlos nosotros en el concepto de «predicación», cuando esta quiera mantener la hondura religiosa y teológica que reclaman para ella los textos y el modo de obrar de Pablo.

Ofrecer un concepto bien perfilado de lo que implica «predicar» para Pablo, es más bien fruto de todas las reflexiones que a continuación vamos a hacer. Pero, ya desde ahora queremos adelantar un concepto de «predicación» que nos sirva como punto de referencia y de apoyatura en todo lo que digamos sobre la predicación en san Pablo.

Predicar, es la acción de pregonar en voz alta, en forma pública, oficial y solemnemente, bajo el impulso del Espíritu, la gesta salvífica de Dios en Cristo muerto y resucitado. Gesta que —en el hecho mismo de ser pregonada— lleva la exigencia a continuar realizándose en el corazón del oyente. O también esta otra descripción exprimida de un conjunto de ideas y textos paulinos que comentaremos más adelante: Predicar es pregonar, proclamar (y revelar pregonándola) la existencia de un *misterio*, el misterio de la decisión amorosa del Padre (su *agâpe*) para con los hombres. Misterio que se revela en una *persona*, Cristo, en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y ciencia salvífica de Dios (Col. 2, 3) y en un acontecimiento histórico salvífico, la muerte y resurrección de Jesús.

Pero, este misterio - persona - acontecimiento, no se pregonan como una teoría doctrinal, ni siquiera (de modo prevalente) como una *explicación* sobre el misterio o el hecho, sino que se anuncian como un *hecho-fuerza* que *aquí y ahora* pugna por seguir realizando la expansión de su dinamismo y contenido interno.

Por eso, frente a cualquier otra forma humana de ejercitar la función de comunicar algo por la palabra, esta función sagrada que llamamos «predicar», no sólo habla de un misterio, de Cristo y de la Pascua, sino que estas tres realidades están tan íntimamente embebidas en el mismo hecho de predicar, que esta actividad se transforma en un acontecimiento salvífico, en el cual el misterio, Cristo y la Pascua se hacen presentes en otra forma de existencia. Como hemos de ver, predicar no es sólo ni primariamente pregonar que sucedió esto o lo otro en la historia de salud, sino que el predicar mismo se incorpora a la historia objetiva de salud, es uno de sus períodos o etapas en los

5. BUAER, *ob. cit.*, «katanguello». KITTEL, *ThWB*, «katanguello».

que ha de desarrollarse, según la voluntad del Padre que así lo dispuso. El pregonero de la Buenanueva no sólo narra o explica el contenido de la historia de salud, sino que, predicando, *hace* historia de salud.

2. *La predicación como palabra de Dios.*

La afirmación más frecuente, la más clara, profunda y comprometida que Pablo hace sobre su predicación es ésta: Su predicación es *palabra de Dios*. Pablo pregona que «Dios está en Cristo reconciliando al mundo consigo» (2 Cor. 5, 19). Dios ha puesto la salud de los hombres en Cristo muerto y resucitado y fuera de El no hay salvación (Hech. 4, 12). Es normal que los oyentes del mensaje busquen una garantía para convencerse de que tales promesas son verdaderas y de que realmente la forma autoritativa y definitiva en que se pronuncian proviene de Dios mismo. Pero, lo más grave es que a Pablo mismo se le nota continuamente preocupado por la autenticidad de este mensaje que él pregona como divino. El pregonero mismo se estremece ante la seriedad y responsabilidad del anuncio que él pregona. No se cansa Pablo de buscar la última seguridad para su acción misionera. Y la encuentra siempre en la convicción de que su predicación es "*palabra de Dios*". «Porque os hago saber, hermanos, que el evangelio predicado por mí, no es conforme al gusto de los hombres; pues yo no lo recibí ni lo aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo» (Gal. 1, 11). Por eso no puede Pablo ser infiel a lo que se le ha mandado pregonar, sino que tiene que hablar la palabra de Dios, como venida de Dios y delante de Dios en Cristo (2 Cor. 2, 17). La buenanueva que él pregona es la «Buananueva de Dios» (Rom. 1, 1), para cuya proclamación él ha sido «seleccionado» (Rom. 1, 1). La misma convicción la expresa frecuentemente al llamar a su predicación «palabra del Señor Jesús», «palabra de Cristo», «evangelio de Jesucristo».

Para comprender en su debido alcance la categoría que adquiere la predicación al ser «palabra de Dios», se debería exponer una auténtica teología de la Palabra. Pero, el tema es oceánico y no podemos tratarlo ahora, ni siquiera ciñéndonos a san Pablo. Basta aludir a este tema y encuadrar la predicación dentro de la perspectiva más general de la palabra de Dios ⁶. Esta palabra de Dios es Dios mismo

6. Los textos del N. Testamento pueden encontrarse en BAUER, *WBzNT.*, «logos» y las palabras citadas en notas anteriores. Para su contenido teológico véase KITTEL, *ThWB.*, «logos». También H. SCHLIER, *Wort Gottes. Eine neutestamentliche Besinnung*, Würzburg 1962. Un ensayo de exposición sistemática sobre

que se revela y en cuanto se revela. Por eso la Palabra de Dios llena toda la historia de salud y se presenta a los hombres en formas variadas: La Palabra de Dios estaba al principio con Dios (Jn. 1, 1); la palabra de Dios crea todos los seres (Jn. 1, 3; Sal. 33, 6. 9); la palabra de Dios se comunica a los hombres en el AT.; la palabra de Dios se encarna en Cristo (Jn. 1, 14); la palabra de Dios es predicada (Hech. 4, 29); la palabra de Dios llega al corazón de los hombres por la fe y culmina en la palabra de alabanza a Dios (Rom. 10, 14).

Pablo conoce todas estas manifestaciones de la palabra de Dios y la mutua interdependencia interna. Pero, sin perder el contacto con otras formas, Pablo conoce, ante todo, la palabra de Dios que se hace «kerigma» o pregón de salvación, la palabra predicada en marcha hacia el corazón de los hombres. En este sentido podemos decir que, para Pablo, la palabra de Dios por excelencia, la que encontramos a cada paso aludida en sus escritos, es la palabra pregonada por él y por los demás predicadores evangélicos: Palabra viva de un Dios viviente.

Así, pues, el nudo hecho de que la predicación del evangelio sea palabra de Dios, no ofrece duda ninguna para Pablo. Todos los textos que vayamos aduciendo en el desarrollo de nuestro estudio van a ser una corroboración de este hecho. Pero, conviene determinar más en concreto lo que significa ser palabra de Dios para la predicación de Pablo. Indudablemente Pablo llama palabra de Dios a su predicación evangélica pensando en el *origen* del mensaje que él proclama. Que no lo ha recibido él de los hombres, como un alumno a los pies del Rabino o como un catecúmeno cristiano de boca de los misioneros evangélicos, sino por directa e inmediata revelación (apokalypsis) de Jesucristo (Gal. 1, 1. 11-17; Ef. 3, 3; 1, 9).

Además de serlo por el origen, la predicación de Pablo es palabra de Dios en sentido más íntimo: Es Dios mismo, el mismo Cristo el que habla las palabras que Pablo dice. Por eso no son palabras de hombres, sino auténtico hablar de Dios a los hombres (I Tes. 2, 13). Como tales palabras de Dios llegan a los oídos de los fieles (ibid.), de tal manera que quien oye la predicación evangélica oye a Dios (Rom. 10, 14). En este mismo sentido la predicación de Pablo es palabra de Cristo. No sólo por que se hace por su autoridad y mandato, sino porque Jesucristo realmente dirige la palabra a los hombres cuando Pablo predica. Como que Dios les exhorta a los hombres por boca de Pablo (2 Cor. 5, 20).

la teología de la palabra, cf. O. SEMMELROTH, *Wirkendes Wort. Zur Theologie der Verkündigung*, Frankfurt a. M., 1962.

El que la predicación sea un hablar de Dios, no impide que sea también palabra de hombre, del Pablo apóstol y ministro de Dios. Un mismo evangelio es evangelio de Dios, de Cristo y de Pablo ⁷. Dios se revela y simultáneamente se oculta tras la palabra de su enviado. Sólo la fe puede discernir que aquella palabra que sale de la boca de un hombre es también salida de la boca de Dios.

3. *Propiedades de la predicación en cuanto "palabra de Dios".*

Al entrar la predicación en la categoría de palabra de Dios, es natural que participe de las propiedades que son inherentes a la palabra de Dios: La Buenanueva que predicó Pablo es palabra de verdad (Ef. 1, 13; 2 Tim. 2, 15). Palabra de vida (Flp. 2, 16; cfr. Hb. 4, 12; I Pet. 1, 23). Palabra de reconciliación (2 Cor. 5, 17-19). Es fuerza de Dios para los que se salvan (I Cor. 1, 18; I Tes. 2, 13). Todo esto podíamos resumirlo diciendo que la predicación se reviste de toda la eficacia que tiene la palabra de Dios.

La palabra de Dios es una palabra-acción. Cuando sale de la boca de Dios nunca es estéril sino que cumple su obra (Is. 55, 10 ss.). Porque viviente es la palabra de Dios y obradora y más tajante que una espada de dos filos y penetra hasta las coyunturas del alma y del espíritu» (Hb. 4, 12-13). Ella es creadora en sentido riguroso, no sólo al principio cuando dirigió su llamada a las cosas que no eran y las hizo ser (Sal. 33, 9), sino en toda ocasión. La razón última de esta eficacia hay que buscarla en que la palabra es signo y expresión de una voluntad de querer, de una decisión de la voluntad que quiere, puede y hace. Por esta razón la predicación más que un *decir* es un hacer de Dios en el hombre, un acontecimiento. Podríamos decir que es Dios mismo en acción de salvar y de dar vida al que cree y de dejar en la muerte al que oye y no cree. Cuando el predicador pregona el evangelio de salvación ocurre necesariamente algo nuevo: El hombre a quien se dirige ya no puede seguir siendo el mismo. Por una parte deja de tener una mera existencia natural, puesto que ya ha sido colocado, por fuerza de la palabra, en relación viviente, nueva y distinta ante Dios. Introducido el hombre en el campo de acción de la palabra, inevitablemente es transformado en un hombre distinto.

7. Además de los textos citados pueden verse estos otros, que no será necesario comentar más detenidamente: I Tes. 1, 8; Tes. 3, 1; 1, 8; I Tes. 2, 2, 8; Cor. 13, 3; Flp. 1, 4; 2, 16; I Cor. 14, 36; 2 Cor. 2, 17; 4, 2-4; Col. 1, 25; 3, 16; I Tim. 6, 3; I Cor. 2, 4; Rom. 2, 16; 16, 25; Tes. 2, 14; 2 Tim. 2, 8. Véase H. SCHLIER, *Wort Gottes*, pp. 12-13.

Si cree, entra a participar de la salvación de Dios y, si no cree, queda bajo la ira de Dios. La predicación tiende a ser y es un signo de levantamiento y de caída para los hombres. Lo es la Palabra sustantiva que Dios habló en Cristo (Lc. 2, 34; Hb. 1, 1) y lo es también toda otra palabra. La predicación puede provocar la fe y engendrar a Cristo en los corazones; pero, también puede provocar la desobediencia y el escándalo. El kerigma de salvación porta la alegría triunfal del amor caritativo del Padre que se nos manifiesta en Cristo muerto y resucitado. Pero, la caridad del Padre es señorial y santa y por ello, cuando es revelada por la predicación, exige obediencia y entrega incondicional a Dios en la fe. Más adelante tendremos ocasión de concretar mejor la eficiencia propia de la predicación y su fuerza salvadora.

De aquí se sigue que la predicación es también un "*juicio de Dios*". Siempre que se predica el evangelio se revela un juicio de Dios sobre los hombres que lo oyen. No hace falta que el pregonero de la Buena-nueva pretenda siempre dirigir la atención del oyente hacia el juicio de Dios. Es que el hecho de proponer su mensaje como mensaje de Dios ya implica el que aquí y ahora un juicio de Dios va a tener lugar. En la Biblia es bien claro que siempre que Dios habla al hombre tiene lugar un juicio. No en el sentido peyorativo que a veces damos a la palabra, sino tomando juicio en el sentido de un discernimiento de espíritus.

En los relatos evangélicos aparece claro que, en cualquier momento en que Jesús proponía su mensaje a los hombres, la división de los espíritus era inevitable: Unos creen y se entregan al mensaje, y otros endurecen su corazón (Jn. 6, 60-66). Especialmente el cuarto evangelio está lleno de la dramática lucha que sostiene la predicación —luz y vida de los hombres— para abrirse paso y entre las tinieblas y la muerte. El que cree no entra en la condenación, pero el que no cree ya está juzgado (Jn. 15, 22). El autor de los *Hechos*, a pesar de su visión triunfalista de la Palabra de Dios, constata que no creen todos, sino los que estaban preordenados a la vida (Hech. 13, 48). Con vivacidad y fuerza penetra la palabra «hasta la médula del espíritu humano» y discierne los sentimientos y pensamientos del corazón; y no hay nada invisible en su presencia, antes todo está desnudo y descubierto a los ojos de aquel a quien hemos de dar cuenta» (Hb. 4, 12-13). Un idéntico mensaje de la cruz «para los que perecen es una insensatez, mas para los que se salvan, para nosotros, es una fuerza de Dios» (I Cor. 1, 18). «Gracias a Dios que nos hace triunfar en Jesucristo y por nuestro medio difunde el olor de su noticia por todo el mundo. Pues para los que se salvan somos buen olor de Cristo en Dios y también para los que perecen. Para unos olor que de la muerte

lleva a la muerte, para los otros un olor de vida para la vida» (2 Cor. 2, 14-16). «Que si nuestro evangelio (predicación del evangelio) está velado, lo es para los que perecen, para los infieles, cuyas mentes ha cegado el dios de este mundo para que no vean resplandecer el evangelio de la gloria de Cristo, que es imagen de Dios» (2 Cor. 4, 3-4; Cfr. Rom. 1, 16).

La predicación es una teofanía de Dios. Con esto llegamos a señalar la razón fundamental de las otras propiedades que tiene la palabra de Dios predicada.

La palabra es la forma fundamental y más universal de la revelación de Dios. Cualquier otra manifestación de Dios al hombre va acompañada en forma inseparable de la palabra. Todos los momentos de la historia de salud en que Dios habla con especial solemnidad al hombre, la locución de Dios va acompañada de los rasgos inconfundibles de una auténtica «teofanía». Recordemos, por ej., la teofanía del Sinaí (Ex. 19, 20), la visión de Isaías (6, 1-13), la anunciación del ángel a María (Lc. 1, 26-38), las teofanías en la vida de Jesús (Mc. 1, 9-13, par.) y finalmente la máxima teofanía, pneumatofanía de Pentecostés, en que el Espíritu se derrama sobre toda carne en forma de *lenguas* de fuego, *Hech.* 2, 1-42.

El libro de los *Hechos* nos narra cómo a toda expansión de la palabra sigue una manifestación del Espíritu, vgr. *Hech.* 2, 1-42; 8, 14-17; 10, 47. También Jesús inaugura su predicación en el ambiente de una teofanía (Mc. 1, 9-13 par.). Esto nos demuestra que, en todo momento en que Dios habla a los hombres por la predicación, tiene lugar una teofanía, una irrupción de Dios en la vida humana para transformarla. La presencia e influencia de Dios se reactualizan en el momento de ser pregonado el mensaje de salvación.

Ahora bien, vemos en las teofanías bíblicas que, allí donde Dios se aparece, todo debe ser transformado: Las cosas cambian de funcionalidad y de sentido, y, por tanto, para la reflexión del hombre religioso, cambian de modo de ser. Sobre todo, Dios quiere irrumpir y de hecho irrumpe en la vida humana, colocando al hombre en una situación nueva respecto de Dios y, en consecuencia, respecto de sí mismo y de los seres todos. Lo mismo pasa en esta teofanía que llamamos «predicación» o anuncio kerigmático del evangelio. Al ser interpelado por la palabra de Dios el hombre adquiere una «situación existencial» distinta ante Dios. Queda profundamente afectado por la palabra que le interpela. Si responde *sí* a la llamada de Dios y cree, queda justificado. Si responde *no*, queda revelado su pecado. En cualquier caso ya no es el mismo, es «otro hombre» ante Dios, que es lo decisivo. Un hombre que, como Pablo, vive en la fe del Hijo de Dios (Gal. 2, 20).

En relación con esta teofanía está el *carácter escatológico* que lleva consigo toda predicación. Podría señalarse varios motivos. Pero sobre todo por esto: porque al tener lugar el acontecimiento salvífico de la proclamación del kerigma, la antigua «situación» del hombre queda liquidada y es transportado a un nuevo modo de existir. Liberado del tiempo profano, el hombre entra en el *tiempo* u oportunidad de salud. Lo que va a suceder el día definitiva y absolutamente último de la historia del hombre, el juicio regurosamente escatológico de Dios, ya se inicia ahora, en el instante este en que se oye la predicación. De aquí la hondura y seriedad con que al hombre se le exige una decisión y entrega al mensaje evangélico. Este sentido escatológico va implicado en el «juicio de Dios» que tiene lugar cuando se predica, según hemos dicho.

4. *La "misión" de Dios en el predicador.*

La tarea de pregonar el evangelio, de momento y para el observador natural, puede parecer un quehacer meramente humano. Sobre todo en el ambiente grecorromano en que se movió Pablo, surcado con frecuencia por predicadores ambulantes portadores de los más diversos mensajes de salvación. Lo que hace que la actividad kerigmática de un hombre se transforme en un cometido auténticamente sobrenatural e incluso en acontecimiento salvífico es la «misión de Dios». Como efecto de la "misión", la palabra y su pregonero humano dejan de serlo y se transforman en palabra de Dios y en heraldo del Gran Rey, cuando Dios «envía» al hombre y pone en boca de éste su propia palabra.

Todo a lo largo de la Sagrada Escritura aparece reiteradamente esta importancia que la «misión» tiene para comprender el alcance salvífico de la predicación.

Ya en el A. Testamento la vocación-llamamiento, «misión» de Dios, aparece claramente subrayada como elemento esencial en la vida del *profeta*. Por vía de ejemplo podemos recordar algún texto de Jeremías, sin duda el profeta del A. Testamento más poseído de esta su *misión* divina y el que más pudo influir en Pablo: «Llegóme la palabra de Yahvé que decía: antes que te formara en las entrañas maternas te conocí; antes que tú salieses del seno materno te consagré y te designé para profeta de pueblos. No digas: soy todavía un niño, pues irás donde te envíe yo y si hablas dirás lo que yo te mando. Mira que yo pongo en tu boca mis palabras» (Jer. 1, 4-10; 17-19). Dios no puede menos de airarse contra los que se dicen enviados por El sin serlo, profanando su nombre (Jer. 14, 14 ss.; cf. 23, 1-37). También merece recordarse la vocación de Isaías, escrita con los rasgos de una

impresionante teofanía y donde la *misión* se ofrece enraizada en misterio del Dios Santo: «Y oí la voz del Señor que decía: ¿a quién enviaré y quién irá de parte nuestra? Y yo le dije: heme aquí, envíame a mí» (Is. 6, 8; cf. 1-13). Bajo el mandato de Yahvé el profeta Ezequiel se come un rollo escrito por detrás y por delante con las palabras de Dios. Desde entonces las palabras que salen de la boca de Ezequiel son también palabras de Dios (Ez. 2, 1-9; 3, 1-27).

Los profetas del N. Testamento también son «enviados» por Dios. El Bautista recibió la palabra de Dios en el desierto para empezar a pregonar su mensaje (Lc. 3, 1-9, par.). Jesús también recibe misión para su actividad evangelizadora el día de su bautismo (Md. 1, 9-13, par.). Por lo demás la *misión* de Jesús, su carácter de «enviado» del Padre es uno de los grandes temas del cuarto evangelio. No es necesario detenernos en él (Cf. Jn. 5; 7).

San Pablo se vio precisado a *demostrar* su misión divina y con ello a poner las bases de una teología de la misión. Se preocupa seriamente en dejar constancia de que él habla siempre como enviado, embajador, heraldo, ministro y administrador de los bienes de Cristo. Así actuaba él y eso quería que viesen los hombres en él y ninguna otra cosa más: «Que se nos mire, pues, como servidores de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios» (I Cor. 4, 1).

Se comprende que el hombre no pueda anunciar la salvación sin una «misión» de Dios. La salvación viene de Dios y por eso ningún otro puede darla ni proclamar la venida de Dios al mundo más que aquel a quien El escogió para su instrumento y heraldo de su gesta salvadora, mediante el fenómeno religioso que llamamos «misión». El misterio de salud que estaba desde la eternidad en el corazón del Padre (Ef. 3, 1-13; Col. 1, 24-29), pasa ahora a los labios humanos y se transforma en Kerigma de salud. El punto de enlace entre la palabra que era decisión, voluntad amorosa de salvar, y esa misma palabra que ahora resuena en los oídos humanos y se difunde, lo constituye la «misión». Si miramos las cosas desde Dios, la misión es la exigencia íntima que la palabra salvadora de Dios (la decisión amorosa del Padre) tiene a ser proclamada y por ello a donarse a los hombres para quienes fue pronunciada desde la eternidad. Si miramos la «misión» desde el hombre que la recibe, no es ella otra cosa que encontrarse asumido por Dios como instrumento que ha de comunicar a los hombres la gracia de la salvación.

5. *Qué es lo que implica la misión divina.*

La misión es obra de Dios. San Juan califica la misión de Jesús como una donación de Dios: Tanto amó el Dios-Padre al mundo que le dio a su Hijo unigénito (Jn. 3, 16). La misión de Jesús al mundo es efecto del amor caritativo del Padre hacia los hombres. La teología católica desde san Agustín ha visto la raíz última de la misión en la vida intratrinitaria. El Padre dona liberalmente su ser al Hijo y ambos al Espíritu Santo. Esta es la razón fundamental que nos ilustra sobre el hecho de que el Padre envía a su Hijo al mundo y ambos al Espíritu. Ya la comunicación de amor caritativo con que el Padre da vida al Hijo y ambos al Espíritu, tiene una misteriosa y radical referencia a esta donación que luego se hace en la historia de Salud. No podemos detenernos ahora a hablar de este fundamento teológico más profundo de la «misión», pero será conveniente no perderlo de vista para acercarse un poco al misterio que encierra la misión que el Padre da al Hijo y al Espíritu y luego toda la Trinidad al hombre que ha sido elegido para ser apóstol: Enviado del Padre, del Hijo y del Espíritu.

En forma más inmediata y personal, la misión implica una llamada, una elección. Pablo se considera «elegido», «llamado» por Dios al apostolado, ya desde el seno materno (Gal. 1, 15). En todos los profetas del A. Testamento, según los textos mencionados, la misión implica una llamada —vocación— elección especial de Dios.

Esta llamada de Dios, esta elección es una *gracia de Dios*, una muestra de la amable voluntad de Dios Padre para con el elegido para ser apóstol, escogido para el evangelio (Rom. 1, 1), llamado por la gracia de Dios (Gal. 1, 15). Pablo es «constituido ministro según el don de la gracia de Dios que me fue dada según la energía de su poder; me fue otorgada la gracia de anunciar a los gentiles las riquezas de Cristo» (Ef. 3, 7-8). Mediante esta graciosa elección el predicador entra en el *misterio de Cristo*. Esta incorporación al «misterio de Cristo», tal como se realiza en Pablo (y en todo predicador de evangelio, en forma análoga) tiene un primer significado: El pregonero de la Buenanueva, por el mismo hecho de predicarlo, se convierte en ministro, instrumento de la realización del misterio de Cristo. Así lo describe Pablo ampliamente en Ef. 3, y en Col. 1, 24-29.

Esta incorporación del predicador al «misterio de Cristo» no es puramente externa, como mero instrumento. Según hemos de ver, la actividad kerigmática es una parte constitutiva del misterio de Cristo, de la Historia de Salud que se realiza en torno a Cristo. Sin duda que todos los que están en Cristo están incorporados a su Misterio y ejercen en él alguna actividad (I Cor. 12-14; Ef. 4, 1-16). Pero la elección

para apóstol y pregonero del Mensaje tiene una importancia especial. Y no sólo para el «apóstol» en el sentido teológico técnico, sino en relación a cualquier predicador del evangelio. Y la importancia está en que el predicador de Cristo no es únicamente un pregonero que proclama desde fuera la Buenanueva del misterio de salud, sino que al pregonarlo, con misión divina y con fidelidad, se ha incorporado él personalmente al Misterio como *instrumento realizador* del mismo.

Pero, además de una donación y elección graciosa, la misión implica un *mandato* de Dios.

En cualquiera de los pasajes bíblicos en que encontramos al enviado (profeta-apóstol), le vemos cargado con la llamada-misión de Dios como con un quehacer ineludible, una tarea pesada que Dios le impone, un imperativo moral que no puede rehuir legítimamente.

En los «enviados» del A. Testamento se nos ofrece bien claro y dramatizado este aspecto de «mandato» con que se presenta la misión de Dios. Frente a este mandato ineludible del Señor, la realidad humana del profeta se siente débil y busca alejar de sí la carga, huye la aceptación del encargo. Oída en forma clara la voz de Dios que es mandato y precepto, el enviado percibe dentro de sí un impulso que le quita la libertad moral de obrar de otro modo. Dios le ha constituido en portador de un Mensaje y *tiene que* pregonarlo.

El primer gran enviado de Dios, Moisés, resiste su llamada hasta los límites de lo posible (Ex. 3, 11 ss.; 4, 10-17). También Jeremías se considera incapaz de transmitir las palabras de Yahvé, como un niño que no sabe hablar (Jer. 1, 4-10). Ezequiel necesitó que Dios le quitase el miedo a hablar como enviado suyo a un pueblo de rostro altanero y de frente dura (Ez. 2-3; 3, 1-9). El caso de Jonás huyendo de Dios para «evitar compromisos» es aleccionador en este punto (Jon. 1-4).

Jesucristo mismo nos habla continuamente del «mandato» del Padre, que El no puede eludir, aunque le cueste la vida. El Espíritu del Señor le impulsa a predicar y no puede hacer otra cosa (Lc. 4, 14-19). San Juan nos habla frecuentemente del aspecto de *mandato* con que la misión del Padre se ofrecía a la conciencia mesiánica de Jesús (Jn. 14, 31; 17, 4). Porque ¿cómo iba El a dejar de beber el cáliz que el Padre le había mandado beber? (Jn. 18, 11; 10, 17 ss.).

En los Hechos de los apóstoles los Doce tienen una conciencia bien segura de haber recibido un *mandato* de Dios y de su Maestro para pregonar la buena nueva de Salud. No les intimidan las persecuciones, porque «es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres» (Hech. 4, 19-20; 5, 29). Finalmente, merece recordarse el testimonio de Pablo que sentía el mandato de Dios en forma tan viva e ineludible: «porque evangelizar no es para mí gloria, sino necesidad. ¡Ay de mí, si no evangelizare! Si de mi voluntad lo hiciera tendría recom-

pensa, pero, si lo hago por fuerza, es como si ejerciera una administración que me ha sido confiada» (I Cor. 9, 16-17). La actividad misionera, su apostolado lo ejerce Pablo «según el mandato» que le ha impuesto el Señor Jesús Cristo (I Tim. 1, 1; 2 Tim. 1, 1; Tit. 1, 3).

La más importante y cargada de consecuencias entre las cualidades de la misión, es el que ésta revista al enviado de la «*autoridad de Dios*».

Tener la «*autoridad de Dios*» es tener en sí mismo los poderes de Dios. Dios es la fuente originaria de toda autoridad, ya que El tiene el poder absoluto e irrefrenable, sin responsabilidad más que ante Sí mismo. Nadie se puede oponer a El. Su voluntad es creadora de todas las realidades y de todos los derechos, de toda norma de moralidad.

Por lo que se refiere a las relaciones religiosas entre el hombre y Dios, toda la autoridad y poder que Dios tiene sobre el hombre lo ha puesto el Padre en manos de Jesús, su Siervo, su plenipotenciario, su «Hijo». La filiación de Jesús se revela, ante todo, en que en cualquier momento colabora y es co-ejecutor de la obra de salvación con el Padre. Por eso toda la actuación de Jesús, el Enviado del Padre, está llena de «*autoridad*». En el ejercicio de esta plena autoridad envía a sus discípulos por el mundo (Mt. 28, 18), y perdona los pecados (Mc. 2, 10 par.; Jn. 20, 23).

La *predicación* de Jesús está especialmente realizada bajo esta «*autoridad-poder*» con que Dios le dotó al enviarle al mundo: «Y se asombraban de su enseñanza, porque estaba enseñando como quien tiene autoridad y no como los escribas» (Mc. 1, 22 par.).

Ya en A. Testamento los enviados de Dios tenían conciencia de que hablaban con la autoridad de Dios. La obligatoriedad y exigencias de fe y obediencia con que promulgan su mensaje se apoya en esta conciencia que tenían de hablar en nombre de Yahvé, con su autoridad y poder. Así lo expresan frases como «esto dice Yahvé», «palabra de Yahvé», de que están llenos los sermones de los profetas.

También en este punto el testimonio más explícito es el de Pablo. Su autoridad de apóstol era recusada en algunos ambientes. Ante los fieles de Galacia manifiesta con firmeza la conciencia que tiene de hablar en nombre de Dios. De tal manera aunque un ángel del cielo anuncie otro evangelio distinto del que Pablo anunció sea anátoma, ya que el evangelio predicado por Pablo viene de Dios (Gal. 1, 8-17). Los fieles de Corinto, que le tenían por apóstol de segundo rango, hubieron de sentir los efectos de esta autoridad «que el Señor le dio para edificación y no para destrucción» (2 Cor. 10, 8, 13). Dios, que le dio la misión, le dio también la capacidad y disposiciones necesarias para ejercerla cumplidamente (2 Cor. 3, 5-6).

Unida a esta autoridad está el *poder* que de Dios recibe el enviado. En virtud de este poder, la palabra de Dios no sólo tiene eficacia creadora y destructora en Dios mismo, sino también en la boca de sus enviados. Jeremías recibe poder para destruir, arrancar, edificar y plantar pueblos y naciones (Jer. 1, 4-10).

Este poder que va implicado en la misión, se manifiesta en la eficiencia salvadora de la predicación, que comentaremos ampliamente más adelante.

Finalmente, no podemos olvidar algo que toda misión divina lleva, como elemento inseparable e integrante: el pregonero, mensajero de la palabra debe estar dotado del poder de presentar «*prodigios y señales*» de su misión divina.

Para justificar esta afirmación podemos mencionar ya el ejemplo de Jesucristo y la importancia que los relatos evangélicos dan a los prodigios, milagros y señales como acompañamiento y justificante de su predicación sobre el Reino de Dios. Mateo dedica una sección entera de su evangelio a contar los prodigios que Jesús obró (Mt. 8-9) después de haber predicado (Mt. 5-7; Cf. Mt. 11, 2-5 par.). Las «señales» de Jesús tienen especial relieve e importancia doctrinal en el cuarto evangelio. La garantía suprema de que las palabras de Jesús son palabra de Dios está en que El hace también «obras» de Dios: los milagros y prodigios que el Padre ha puesto en sus manos (vgr.: Jn. 10, 25-38).

Esta misma idea de unir íntimamente la predicación de la palabra de Dios a los «prodigios y señales», aparece repetidas veces en los *Hechos*. Jesús fue un varón aprobado por Dios con hechos y prodigios (Hech. 2, 22). Cada uno de los más destacados «ministros de la palabra» cuya actividad se relata en los *Hechos*, aparece acompañado de «prodigios y señales» que el Señor les concede hacer para testimoniar el origen divino de la actividad misionera y provocar la fe de los oyentes (Hech. 6, 8; 14, 3; 19, 11-12). Pablo es uno de los misioneros cuya actividad evangelizadora va acompañada de «prodigios y señales» (cfr. *ibid.* y 16, 16-18).

Al hablar de su propia actividad como pregonero del evangelio, también Pablo hace alusión a las «señales» que la acompañan. Se gloria él de que por su ministerio han sido reducidos a la obediencia de Cristo los gentiles, «con palabras y hechos, por la fuerza de las señales y prodigios, por la virtud del Espíritu» (Rom. 15, 19). «Los rasgos distintivos de mi apostolado los habéis visto realizados en medio de vosotros: perfecta paciencia, señales, prodigios y milagros» (2 Cor. 12, 12; Cfr. I Tes. 1, 5). Sin embargo, Pablo se fija menos en las maravillas exteriores, en milagros visibles, y subraya que las «señales» de su predicación son algo más íntimo: El predica po-

niendo de manifiesto la fuerza del Espíritu de Dios: Con palabras, hechos y con Espíritu (Rom. 15, 19; I Tes. 1, 5). El Espíritu, que es fuerza y poder de Dios, es la *señal* más convincente de la autenticidad divina del mensaje que Pablo proclama ante el mundo: «Mi palabra y mi predicación no se ha hecho con la fuerza persuasiva de palabras humanas, sino con demostración de espíritu y de poder» (I Cor. 2, 5; Cfr. I Cor. 4, 20; 2 Cor. 10, 4; I Tes. 1, 5). Las credenciales de embajador de Dios las lleva escritas Pablo «no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo» (2 Cor. 3, 3, 6). Su obra ministerial toda entera es un «ministerio del Espíritu» (2 Cor. 3, 8, 18). Si Pablo es pregonero del Misterio del Padre en Cristo, lo es por que tal «servicio» le ha sido confiado a él por el Espíritu (Ef. 3, 5). El predicador es un «hombre del Espíritu», según veremos.

Pero, la fuerza del Espíritu tiene una manifestación tangible en cierto sentido: la transformación del corazón de los fieles, cuya vida nueva, «espiritual», se convierte así en «señal» y testimonio a favor del apostolado de Pablo.

Ya en los *Hechos* la difusión y crecimiento de la Palabra de Dios va unida indisolublemente a la difusión del Espíritu. La vida de caridad y oración que llevan los creyentes de Jerusalén es también un testimonio, una señal de la autenticidad divina de la palabra que se predica (Hech. 2, 42-47). En este contexto hay que entender la afirmación de Pablo de que la «señal» de su apostolado la constituye la vida de los creyentes en la fe, bajo la dirección del Espíritu: «El sello de mi apostolado sois vosotros», les dice a los corintios (I Cor. 1, 9, 2). Y «nuestra carta de recomendación sois vosotros, escrita en vuestros corazones, que es conocida y leída por todo el mundo; poniendo de manifiesto que sois carta de Cristo, escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en corazones de carne» (2 Cor. 3, 2-3).

Cuando tiene lugar un milagro sobre las fuerzas de la naturaleza, sobre las enfermedades, sobre los espíritus, se revela el dominio de Dios sobre la creación material. Por eso están íntimamente unidos los milagros a la implantación del Reino de Dios. Los milagros externos son una llamada a la atención de los hombres para ayudarles a descubrir, a través del poder de Dios que transforma el curso externo de la naturaleza, la fuerza más íntima y decisiva del Espíritu que opera en el interior; y pensar en el Reino de Dios que se enseñorea de los corazones de los hombres por la fe y la caridad.

También la debilidad e insignificancia humana con que Pablo se presenta a predicar, es una señal de que el fruto se debe atribuir todo entero a la gracia de Dios. La predicación no es ninguna exhibi-

ción de la fuerza y del poder de la ciencia o habilidad humano, sino manifestación del Espíritu y de su virtualidad» (I Cor. 2, 4).

El *martirio* del Apóstol y sus continuados sufrimientos en el ejercicio de la predicación han de verse también bajo este punto de vista: como una «señal» de la autenticidad del Mensaje y de que el pregonero habla en nombre de Cristo (Cfr. 2 Cor. 4, 7-12). Más adelante hablaremos de la relación entre la predicación y el martirio.

Es indudable que el acompañamiento de «prodigios y señales» es inherente a toda misión divina y no sólo para los tiempos del Antiguo y Nuevo Testamento, sino también en la *misión* actual de la Iglesia. El tema es interesante, pero no podemos ahora hacer otra cosa que indicar el hecho de que Iglesia necesita de «prodigios y señales» para convencer al mundo de su misión: Milagros, fuerza interna del Espíritu, testimonio continuado del martirio en su propio cuerpo. Sobre todo, práctica de la caridad.

6. *Efectos de la misión en el predicador.*

Para comprender los efectos que la misión produce en el enviado, en el predicador, es conveniente tener en cuenta que la misión es, según dijimos más arriba, una *teofanía*. Recuérdese que la misión de los grandes profetas y apóstoles del Señor se hace siempre en medio de una teofanía: Ex. 3, 4; Is. 6; Jer. 1, 2-19; Ez. 1, 2-3. En el N. Testamento encontramos la teofanía del Jordán cuando Jesús es bautizado y proclamado Mesías por el Padre y el Espíritu (Mc. 1, 9-13 par.). Los Doce y la Iglesia entera reciben su misión en la mayor de todas las teofanías de la Historia de Salud, en Pentecostés, cuando el Espíritu se derrama sobre toda Carne (*Hech.* 2, 1-13).

En la actualidad, la teofanía en que se realiza la misión, no tiene carácter milagroso, ni carismático. Todo se realiza dentro de la Iglesia por vía institucional, por misión oficial. Pero, la Iglesia, al comunicar su misión a cada nuevo pregonero del evangelio, no hace sino transmitir el carisma del Espíritu que ella recibió el día de Pentecostés, mediante el rito sagrado del bautismo, de la ordenación o por delegación del poder magisterial.

Toda teofanía, decíamos, implica la transformación de espacio creado, particularmente humano, en que ella tiene lugar. Veamos la transformación que realiza la misión en el predicador que la recibe.

En el N. Testamento tiene especial importancia el nombre de «apóstol» para designar a los testigos más inmediatos, autorizados por Dios para dar testimonio sobre la resurrección de Jesús (*Hech.* 2, 32; 4, 33). Ministros y servidores de la Palabra de Dios, de Cristo,

del Evangelio (Hech. 6, 2, 4), que «pregonan» el mensaje de salvación, a *Cristo*, que es su síntesis (Hech. 19, 13; 20).

Es especialmente rico en este aspecto el vocabulario de san Pablo.

Por efecto de una graciosa elección divina Pablo es verdadero «apóstol» en nada inferior a los Doce. No será necesario insistir en este aspecto técnico del apostolado de Pablo ⁸. La transformación que la misión-elección divina opera en el «enviado» se comprende mejor fijándose en otras expresiones. Pablo es «ministro-leitourgos» de Cristo, prestando un servicio sacerdotal al ganar para el evangelio a los gentiles (Rom. 15, 16). Es *colaborador* de Dios en la obra de plantar y edificar la Iglesia (I Cor. 3, 9); «*servidor*» (hiperetes) de Cristo (I Cor. 4, 1); *administrador* (oikonomos) de las riquezas del N. Testamento (2 Cor. 3, 6); «*depositario*» a quien se le ha confiado (la predicación de) el evangelio (I Tes. 2, 4; Tit. 1, 3). También se presenta Pablo como un «pregonero Keryx», que proclama pública y solemnemente la enhorabuena de la salvación de los hombres todos en Cristo (1 Tes. 2, 7; Tit. 1,11).

Una fórmula de contenido denso es sin duda la de «*ministro (diákonos) del Espíritu*» (2 Cor. 3, 8), con la cual se proclama Pablo investido de un «servicio» incomparablemente superior al que desempeñaron los «servidores» que Dios se escogió en el A. Testamento; incluso superior al servicio de Moisés (Ib. 3, 1-8). Más abajo veremos a Pablo como «hombre Espíritu».

Finalmente, la fórmula de mayor profundidad teológica: Pablo es «*ministro-diákonos del misterio de Dios*» (I Cor. 4, 1; cfr. 9, 17). Su «*diakonía-servicio*» como pregonero del *misterio* es tema de particular interés en las cartas de la cautividad (Col. 1, 23-29; Ef. 3, 1-13), según comentaremos más adelante.

Bajo cualquiera de estas denominaciones y siempre completándose unas a otras, se expresa reiteradamente la misma realidad: El hombre que es «llamado-elegido» queda transformado por la presencia de Dios en él, habitado por una fuerza superior a él mismo, cual es la fuerza del Espíritu de Dios y de Cristo. Como consecuencia de ser asumido por Dios para instrumento, para su «servicio», las palabras que fluyen del predicador no son palabras de hombre, sino de Dios. No fluyen de un orden objetivo de cosas; ni son fruto de convicciones, razonamientos, experiencias religiosas humanas aun las

8. Para la teología del «apóstol» especialmente en Pablo, cf. KITTEL, *ThWB.*, «apostolos». KARL PRÜMM, *Diakonia Pneumatos*. Der zweite Korintherbrief als Zugang zur apostolischen Botschaft. Bd. II: Theologie des zweiten Korintherbrief. Teil: Apostolat und christliche Wirklichkeit, Herder, Rom-Freiburg-Wien; especialmente pp. 59-235.

más sublimes. Nada de eso. *Pablo*, para citar el ejemplo más visible, tiene una seguridad completa del origen rigurosamente divino de su evangelio. También es de Dios el impulso a predicar. Sólo el querer y mandato del Padre, la caridad de Cristo y la fuerza del Espíritu logran poner a Pablo en acción. Fuera de eso el predicar sería una locura: «Si loqueamos, es por Dios, si nos damos aires de juiciosos, es por vosotros; porque la caridad de Cristo nos constriñe» (2 Cor. 5, 13-14). Nunca Pablo quiere hablar por propia cuenta y riesgo. No le importa los juicios de los hombres, sino el juicio de Dios y de Cristo en cuyo nombre actúa: «Por que Dios está en Cristo reconciliando al mundo consigo y nos ha dado a nosotros el ministerio-servicio de la reconciliación (2 Cor. 5, 19).

El predicador como "mártir-testigo". La misión divina trasforma al enviado en «mártir-testigo» de Dios y de Jesucristo. La tarea de pregonar el evangelio es inseparable del «testimonio-martirio» por la verdad. Merece subrayarse este aspecto del predicador evangélico, tal como es presentado en la Sda. Escritura, especialmente en san Pablo.

Juan el Bautista es testigo (mártir) a favor de Jesús (Jn. 1, 19, 32, 34; 3, 28 ss.; 5, 31-37).

Para designar la predicación de Jesús el cuarto evangelio utiliza con frecuencia la palabra «testimonio»: El predicar de Jesús es «dar testimonio», testificar la verdad (Jn. 18, 37). También los apóstoles son llamados y enviados por Jesús para dar testimonio de la verdad, ser testigos de Jesús en Jerusalén y hasta los confines de la tierra (Hech. 1, 8). El testimonio de Jesús descansa sobre lo que El vio en el Padre (Jn. 3, 31-37). El de los apóstoles sobre lo que ellos vieron, oyeron y palparon acerca del Verbo de vida (I Jn. 1, 1 ss.; Hech. 1, 22, 32; 5, 32). A diferencia del simple pregonero que proclama un mensaje, el *testigo* se siente personalmente comprometido en el mensaje que propone. El testigo es un «testimonio» y documento viviente, que acredita la verdad de lo que dice.

Pero, el testimonio de los predicadores no sólo se extiende a la función de «testigos», en el sentido más corriente de la palabra, han de ser también «mártires» en la acepción que damos a la palabra en el lenguaje religioso actual. La disposición interior al «martirio» y el martirio mismo de hecho, son inseparables de la misión profética, del «munus propheticum», de la función de «predicador».

Ya desde el A. Testamento el dar la vida por el mensaje predicado, el ser *mártir*, aparece como destino inseparable de los grandes profetas. Especialmente aleccionador es la vida de Jeremías y el destino del Siervo de Yahvé, de que nos habla Isaías. Da su vida

como complemento de su misión profética y para corroborarla (Is. 52, 13 ss., 53).

La tradición habla del martirio de Isaías y de Jeremías. Jesucristo hace referencia a los profetas cuyo destino es morir martirizados en defensa de su ministerio (Mt. 23, 34-37). Juan el Bautista muere como profeta (Mt. 14, 1-12 par.). El mismo Jesús cumplió su misión de pregonero del Reino de Dios dando testimonio con su sangre, ya que no conviene que muera ningún profeta fuera de Jerusalén (Lc. 13, 33). Pablo menciona repetidas veces sus tribulaciones, persecuciones y sufrimientos de que iba acompañada su predicación apostólica como una señal de la autenticidad divina de la misma. El sufrimiento, la llamada al martirio ha de ser destino universal de todo cristiano; pero muy especialmente del pregonero del evangelio, del predicador. Este debe llevar continuamente en su cuerpo marcadas las señales del Señor Jesús (Gal. 6, 17). Siempre ceñida a su cuerpo la mortificación de Jesucristo (2 Cor. 4, 10). Porque «pienso que Dios a nosotros, los apóstoles, nos exhibió como los últimos, cual condenados a muerte, como espectáculo del mundo, llenos de persecuciones, basura del mundo y desperdicio de todos» (I Cor. 4, 9-13). Siempre entre peligros, «cada día en trance de muerte» (2 Cor. 4, 11, 31; cfr. 2 Cor. 1, 5-11; I Cor. 15, 31). Con tales sufrimientos, aguantando una muerte continuada, Pablo cumple por su parte «lo que falta a las fatigas de Cristo en mi carne por el bien de su cuerpo, que es la Iglesia» (Col. 1, 24).

En Pablo hay que buscar otras razones más personales e íntimas que expliquen la reiteración con que él habla de los sufrimientos que le ocasiona el ejercicio del ministerio apostólico.

Pablo predica continuamente a Cristo y éste crucificado. Pero él no quiere ser un pregonero que se pone de la parte de fuera del mensaje, quiere ser en toda su vida un testimonio a favor de la Cruz de Cristo que predica. Por eso *exhibe* todo su ser interior y exteriormente crucificado, como eco perfecto del Mensaje de la Cruz que anuncia. Su inteligencia la tiene capturada en obsequio a Cristo por la fe (2 Cor. 10, 5). Su vivir es un vivir en Cristo crucificado por la fe (Gal. 2, 19-20). Su voluntad está prisionera de la caridad de Cristo, de la que nadie puede separarle (Rom. 8, 35-39) y que le impulsa a la predicación misionera (2 Cor. 5, 13-14). Todo su ser está cautivado por Cristo (Flp. 3, 12). Su mismo cuerpo mortal está siempre rodeado por la mortificación de Cristo (2 Cor. 4, 10), cuyas señales lleva marcadas en la carne (Gal. 6, 17).

Es realmente llamativa la importancia que Pablo da al hecho de que su predicación está siempre acompañada de persecuciones, de sufrimientos, de cruz. Recuerda a los tesalonicenses que les predicó

con gran dolor (I Tes. 1, 5-6). En las cartas a los Corintios no se cansa de volver sobre este tema del *martirio* que implica para él el ser pregonero del evangelio: La vida apostólica es un continuado morir con Cristo (2 Cor. 4, 10-12) «llevando siempre y en todas partes en nuestro cuerpo los sufrimientos de muerte de Jesús, a fin de que se manifieste en nuestros mismos cuerpos la vida misma de Jesús. Ya que aunque vivimos estamos siempre condenados a muerte por causa de Jesús, a fin de que la vida de Jesús se manifieste también ella en nuestro cuerpo mortal. Así la muerte hace su obra en nosotros y la vida la suya en vosotros» (2 Cor. 4, 10-12; Cfr. I Cor. 15, 31; Rom. 8, 36). Sustentado con el ansia escatológica de «ser desatado y estar con Cristo» (Flp. 1, 33) esperando, con gemidos y lágrimas, que se desmorone esta casa nuestra terrenal y se nos dé una celestial, incorruptible (2 Cor. 5, 1-6; Flp. 1, 20-22).

Esta actitud de martirio es una consecuencia del hecho de que la misión divina implica una teofanía, revelación de Dios al predicador. En tal caso el espacio interior donde se realiza la teofanía, el alma del enviado debe quedar trasformada por Dios, totalmente entregada a El por la obediencia, por la fe y la caridad. El martirio sería la señal visible de la absoluta transparencia con que debe obrar el enviado de Dios: como siervo, instrumento, ministro, servidor a quien se le pide la total ocultación de su personalidad humana para que quede refulgente la actitud de un servicio «fiel», de que habla con frecuencia Pablo.

El predicador, «hombre del Espíritu». Ya en el A. Testamento la misión de Yahvé va unida a la comunicación de su espíritu. Los profetas se encuentran llenos del espíritu, son por excelencia los «hombres del espíritu»⁹.

La actividad de Jesús como pregonero del Reino de Dios está dirigida por el Espíritu. El Espíritu le empuja a predicar al principio de la actividad misionera (Mc. 1, 9-13). El mismo Espíritu le asiste en su evangelización a los pobres (Lc. 4, 14, 18-19). Al despedirse de los suyos que estaban en el mundo, les promete el don del Espíritu que les ayudará a dar testimonio, como le había ayudado a El mismo (Jn. 14, 25, 15, 26-7). La actividad misionera de la Iglesia primitiva está totalmente bajo el impulso y dirección del Espíritu. El Espíritu les llena de fuego y lenguas para proclamar las maravillas de Dios

9. Cf. TH. C. VRIEZEN, *Theologie des Alten Testaments in Grundzügen*, Neukirchen Kreis Moers s. a., pp. 213-14. W. EICHRODT, *Theologie des Alten Testaments*, 2-3. Teil, Stuttgart 1961, pp. 24-48.

pregonando la Buenanueva de salvación (Hech. 1, 5; 8; 2, 1-13). Y luego está presente en todos los momentos importantes de la vida de la joven Comunidad (Hech. 6, 1-7; 8, 14-17; 10, 44-48; 15, 28).

También Pablo está dirigido por el Espíritu en su actividad misionera (Hech. 13, 2; 16, 6).

El testimonio más personal de las cartas nos confirma en la idea de esta profunda presencia del Espíritu en la actividad kerigmática del Apóstol. El habló a los Corintios, no con palabras de sabiduría humana, sino con palabras aprendidas del Espíritu (I Cor. 2, 10-16); aprendidas del Cristo glorioso y neumatizado a quien Pablo pregona. El Espíritu es quien da a Pablo el «sentido de Cristo» para predicar (I Cor. 2, 16). Por eso su predicación no se apoya en fuerza persuasiva de la elocuencia humana, «sino con demostración de Espíritu y de fuerza» (I Cor. 2, 4). Todo ello en conformidad con la doctrina general de Pablo, de que todos los carismas que se dan a la Iglesia para su edificación son obra y donación del Espíritu de Cristo (I Cor. 12. 13. 14). En las cartas de la cautividad se presenta Pablo como el gran pregonero del *misterio* del Padre, que decidió salvar a todos los hombres en Cristo. Pero, el Padre le ha revelado a Pablo el misterio por medio del Espíritu (I Cor. 2, 10; Ef. 3, 5). Cristo glorioso y triunfador es quien, al subir al cielo, ha derramado sus dones sobre los hombres para hacerles profetas, doctores, evangelistas, para la obra del ministerio, para edificación del cuerpo de Cristo (Ef. 4, 7-12). Tan absorbente es la actuación y presencia del Espíritu en la actividad misionera de Pablo, que la llama taxativamente «ministerio del Espíritu» = diakonía pneumatós (2 Cor. 3, 8): Bajo la fuerza del Espíritu, predica el Espíritu para crecimiento del Espíritu de Cristo.

Fidelidad al mensaje. Trasformado el profeta en «enviado», instrumento, ministro y servidor de Dios, lo que al dispensador se le exige principalmente es la «fidelidad» al Señor a quien sirve y a las riquezas de que es dispensador. Si le consideramos como testigo, también la fidelidad es la cualidad que se le ha de exigir, en primer término, al pregonero del evangelio: «lo que en los dispensadores se busca es que sean fieles» (I Cor. 4, 2). El predicador debe pregonar el evangelio, en ello va su destino eterno. ¡Ay de él si no evangeliza! (I Cor. 9, 16). Pero, debe hacerlo con tal subordinación al querer y mandato de quien le envió que, en realidad, pueda decir que su palabra no es suya, sino de aquel que le envió (Jn. 7, 16). Pablo es «colaborador» de Dios. Por eso su sabiduría de arquitecto prudente está en edificar sobre un fundamento ya dado, que es Cristo Jesús (I Cor. 3, 9-15). Podrán otros poner diversos temas de predicación, fruto de una respetable meditación sapiencial humana. Pablo no quiere predicar más

que a Cristo y éste crucificado; aunque sea necesidad para los griegos y escándalo para los judíos (I Cor. 2, 2; I Cor., 1, 23). Esta fidelidad al mensaje recibido es la norma suprema de su actividad kerigmática. Por eso Pablo no busca agradar a los hombres, sino a Dios. Que si buscase agradar a los hombres ya no sería servidor de Cristo (Gal. 1, 10). Lo demás sería correr en vano (Gal. 2, 2). Pablo podía haber escogido para la captación de los oyentes temas más atractivos y de éxito inmediato más visible. Con tal procedimiento se hubiese evitado muchas dificultades tanto en Galacia como en Corinto.

La conciencia que Pablo tiene de ser fiel a Dios es lo que crea en él la *seguridad* plena de que, mediante su acción apostólica, la acción de Dios es completamente transparente en él. Entonces es cuando tiene origen la famosa «jactancia (kaujema=kaujesis)» del apóstol. La base de su «jactancia» es el hecho de que por la gracia de Dios cumple debidamente y con fidelidad su misión. Pero, queda tan clara la acción de Dios y la nulidad, flaqueza y debilidad «carnal» de Pablo, que «es una gloria» ver cómo Dios triunfa en Pablo: El se gloria en las grandes maravillas que Dios obra en él. De su propia cosecha no tiene otra cosa en que gloriarse, ni nada en que jactarse sino en sus debilidades de hombre que vive en condición carnal (2 Cor. 12, 5). Pablo se «jacta», si vale la palabra, en Dios. Cuando quiere «jactarse» sobre sus propias acciones entonces advierte expresamente que adopta la actitud de insensato (afron) pues se jacta según la carne ¹⁰.

La «audacia apostólica». Esta misma conciencia y seguridad interior de que la gracia de Dios obra en él y le hace ser fiel al mensaje, produce en el predicador Pablo otra actitud espiritual estrechamente unida a la «jactancia y zufanía» con que se pregona el mensaje: La «parresía» - intrepidez - audacia, seguridad de sí mismo ¹¹.

El profeta que se siente interpelado por palabra de Dios, necesita que la misma palabra le dé resistencia para no sucumbir ante la santidad de Dios que le invade y hace instrumento suyo.

En la solemne teofanía (pneumatofanía) de Pentecostés aparecen los Apóstoles revestidos de la «fuerza del Espíritu» (Hech. 2, 29; 4, 29-31). Pedro y los demás predicadores aparecen revestidos de una valentía, audacia e intrepidez que nadie puede explicarse en unos hombres plebeyos, naturalmente medrosos e inseguros de sí mismos (Hech. 4, 13). Especialmente sobresale la libertad, valentía y atrevi-

10. Textos y comentario en KITTEL, *ThWB*, «kaujema-kaujesis». R. BULTMANN, *Theologie des Neuen Testaments*, p. 242 ss., 265, 269, 281. K. PRÜMM, *Diakonia Pneumatos*, pp. 88-99.

11. Cf. KITTEL, *ThWB*, «parresía». C. SPICQ, *L'épître aux Hébreux*, vol. I, pp. 69-70, 315.

miento con que predica Pablo después del suceso de Damasco (Hech. 9, 22; 28, 31).

La «parresía» apostólica, particularmente en Pablo, designa una actitud interior de matices muy variados. Significa valentía, audacia, seguridad de sí mismo, resistencia y agresividad ante el peligro. Y es que el predicar a Cristo crucificado —tema central de la predicación paulina (I Cor. 2, 2; Gal. 5, 11; I Cor. 1, 23)—, es una auténtica insensatez a los ojos de los hombres. Nada más extraño al hombre natural, incluso religioso, que el oír decir que Dios quiere salvar al mundo por la acción de un Crucificado. Por su contenido mismo el kerigma de salvación, ya que predica la locura de la Cruz (I Cor. 1, 22), exige valentía, decisión, mucha seguridad en el que pregonaba tan *escandaloso* mensaje.

El fundamento de la «audacia» apostólica es la interna certidumbre de estar asistidos por la gracia de Dios: «Y tal confianza la tenemos por Cristo para con Dios. No que por nosotros mismos seamos capaces de pensar algo como de nosotros mismos, sino que nuestra capacidad viene de Dios, quien nos ha capacitado también para ser ministros de la nueva alianza, no de letra, sino de Espíritu» (I Cor. 3, 4-6). Hecho participante, por elección divina, de la gloria de la Nueva Alianza, Pablo puede hablar con toda seguridad y franqueza (parresía) y ejercer su ministerio sin intimidarse por nada, con cara descubierta (Cf. 2 Cor. 3, 7-18 y 4 per totum).

En forma más directa la «audacia» apostólica de Pablo, la libertad espiritual que le permite hablar en franqueza sobre Cristo, se apoya sobre la fe en la resurrección de Cristo y nuestra futura resurrección en Él: «También nosotros creemos y por eso también hablamos; sabiendo que el que resucitó al Señor Jesús nos resucitará y pondrá a su lado juntamente con vosotros» (2 Cor. 4, 13-14). «Por lo cual, no desfallecemos, antes bien, aun cuando nuestro hombre exterior se desmorone, empero nuestro hombre interior se renueva de día en día. Porque lo momentáneo, ligero, de nuestra tribulación nos produce, con exceso incalculable siempre creciente, un eterno caudal de gloria» (2 Cor. 4, 16-17).

Así pues, el predicador evangélico no sólo es unregonero del hecho de la resurrección, sino que este acontecimiento determina también la actitud fundamental de su espíritu al anunciar el mensaje: la seguridad, valentía, audacia y ufania espiritual, la alegría inmensa con que pregonaba su mensaje; aun en medio de la muerte a que cada día está condenado el predicador, como una oveja destinada al sacrificio.

7. *La predicación y el misterio de Cristo.*

A lo largo de nuestro estudio hemos señalado, en primer término, el hecho de que la predicación es un elemento o fuerza primordial en la edificación del cuerpo de Cristo. La razón de esta eficacia constructiva de la predicación hay que buscarla en el hecho de que la predicación es palabra de Dios, la cual es eficiente y creadora.

Pero, la Palabra de Dios encarnada es Jesús el Cristo. En El se encuentra la fuerza entera, la virtud de Dios operante en el mundo (I Cor. 1, 24). Por consiguiente, el tema de la eficacia y valor salvífico de la Palabra de Dios no puede tratarse adecuadamente ni en forma concreta, si no se completa la categoría abstracta de palabra de Dios, por la realidad histórica de Cristo. Con esta explícita referencia cristocéntrica, esperamos descubrir la razón más inmediata y convincente de la virtualidad que la predicación tiene para *edificar* el cuerpo de Cristo. La razón es esta: la predicación sagrada contiene a Cristo, fuerza de Dios. Es una energía divina que viene de Dios en Cristo, habla de Dios en Cristo y conduce a Dios, a la glorificación de Dios por Jesucristo. Más aún, la predicación es una de las formas en que se revela Cristo, un auténtico *estado de Cristo* en trance de revelarse a los hombres y hacerse presente en ellos. Cristo «pregonado», en estado de kerigma, es una de las etapas del desarrollo histórico salvífico del Cristo glorioso desde la resurrección hasta la parusía plena y definitiva.

Siguiendo a san Pablo, hay que hundir el pensamiento en las profundidades de la eternidad para ver allí la unión íntima que existe entre el ministerio apostólico de la predicación y el misterio de Cristo: Hay un «misterio», una decisión amorosa y secreta, escondida desde la eternidad en el corazón del Padre. Es la decisión (misterio) de salvar a todos los hombres en Cristo (Ef. 1-2). Este misterio no podía quedar oculto y el Padre mismo se encargó de pregonarlo en Cristo, en su resurrección, en su triunfante entrada en los cielos, para manifestar la sobrepujanza de la grandeza de su poder (Ef. 1,19-23). Al encarnarse en Cristo el «misterio» del Padre, se convierte por ello mismo en misterio de Dios en Cristo, que también tiene exigencia de ser difundido y pregonado para salvación de los hombres. Y en este momento de la Historia Sagrada, en esta etapa del «misterio de Cristo» se ve a sí mismo Pablo elegido desde la eternidad para la revelación en él de su Hijo Jesús (Gal. 1, 15-16). «Por causa de esto, yo, Pablo..., si es que habéis oído la economía de la gracia de Dios que me fue dada en orden a vosotros, y es que por revelación se me dio a conocer el misterio, según os lo acabo de describir en pocas palabras... (de este misterio de salvación en Cristo) fui cons-

tituido ministro según el don de la gracia de Dios, que me fue dada según la energía de su poder. A mi, el más pequeño de todos los santos, me fue otorgada esta gracia, la de anunciar a los gentiles las insondables riquezas de Cristo» (Ef. 3, 1-8 y ss.). «Yo fui hecho ministro por la disposición de Dios que me fue dada en orden a vosotros, de anunciar cumplidamente la palabra de Dios, el misterio que ha estado escondido desde el origen de los siglos y generaciones, más ahora manifestado a los santos..., del cual yo, Pablo, fui constituido ministro» (Col. 1, 25-26). (Este misterio es) «Cristo en vosotros... al cual nosotros anunciamos amonestando y enseñando a todo hombre» (Col. 1, 25-27).

Pablo, como *ministro* (diákonos) del misterio y su pregonero está incorporado al mismo misterio. Desde la eternidad, cuando el Padre tomó su decisión amorosa y la reservó secretamente en su corazón, ya estaba allí, ante todo, Cristo, en quien el misterio se revela. Pero, también Pablo, pregonero del misterio de Dios en Cristo. No es, pues, el predicador del *misterio* un mero elemento externo que lo proclama quedándose él fuera: es un eslabón en la cadena de esta misteriosa historia de amor salvífico del Padre a los hombres. El predicador, tal como se ve a sí mismo Pablo, es un agente activo, internamente incorporado al Misterio de Cristo. Porque el Misterio no es una realidad que *es* y luego se pregonada, sino que el ser pregonado es una parte esencial de esta misma realidad que llamamos misterio.

Más adelante volveremos a encontrar esta misma idea bajo otros aspectos. De momento vamos a seguir determinando más en concreto las relaciones de la predicación con Cristo, con el *misterio de Cristo*.

A) *La predicación viene de Cristo*. — La predicación tiene respecto a Cristo una primera relación de *origen*. Esta relación la expresa frecuentemente Pablo por medio de la fórmula «evangelio de Cristo, del Señor» u otras similares (I Tes. 1, 8; 2 Tes. 3, 1; I Tes. 3, 2; 2 Tes. 1, 8; Col. 3, 16; Rom. 15, 19). La fórmula tiene variedad de matices que conviene distinguir.

Ante todo se debe advertir que Pablo nunca habla de Cristo como de un Maestro suyo en la enseñanza del Evangelio. Pablo no aprendió el cristianismo recibiendo lecciones a los pies de Cristo, como a los pies de un gran rabino. Este modo de hablar es desconocido para Pablo. Para él Cristo no es precisamente el Maestro, es algo más hondo: Cristo es la realidad. Se gloria de no saber más que a Cristo y éste crucificado (I Cor. 2, 2). Todo lo que Pablo sabe sobre Cristo no lo ha recibido por enseñanza magisterial de ningún hombre (Gal. 1, 12), ni siquiera por enseñanza magisterial del mismo Cristo. Recibió

el evangelio por revelación de Cristo (Gal. 1, 12). Pero, la revelación aquí no es una mera manifestación de la realidad en sí; en nuestro caso, de Cristo. Pablo llevaba a Cristo como revelación viviente dentro de su alma. La muerte y resurrección de Jesús la sentía realizada en su espíritu (Rom. 6,1-14; Gal. 2, 19-20). Esta realidad tenida vivencialmente por él es la que pregona en su predicación sobre el misterio de Cristo. Por eso decimos que Cristo inspira la predicación de Pablo no tanto como Maestro que le enseña lo que ha de decir, sino que Cristo es la realidad a cuyo contacto Pablo aprende lo que que tiene que decir. La predicación viene de Cristo como el agua brota del manantial o la luz brota del sol.

Teniendo en cuenta esta dependencia tan honda de la predicación con relación a Cristo, se comprenden mejor las expresiones en que Pablo se llama heraldo, ministro, embajador de Cristo, su servidor: Más que un servidor era Pablo un auténtico «portador de Cristo», que al predicar hace presente a los oyentes más bien que una doctrina y unos conceptos sobre las cosas, al mismo Cristo, en su realidad salvadora.

Siguiendo esta idea podemos decir que la unión entre Cristo y su pregonero es tan íntima, que en realidad cuando habla el predicador evangélico se cumple la frase expresiva de san Agustín: «Cristo predica a Cristo»¹². El pregonar el evangelio es una obra rigurosamente propia de Cristo glorioso y pneumatizado, una de cuyas actividades es precisamente ésta: expandirse, revelarse a sí mismo por medio de la predicación salvadora, del culto y de la vida de sus cristianos.

Esto está en relación con lo que anteriormente decíamos sobre el predicador como ministro de Cristo y especialmente con su calidad de «hombre del Espíritu». Quiere decirse que la actividad kerigmática es una actividad pneumática, es decir, propia del Espíritu del Señor Jesús, una actividad que ejerce Jesús en cuanto ha sido proclamado y para ser proclamado Señor (Kyrios) en la tierra entera. Cristo glorioso para crecer y echar cuerpo en la tierra, en el corazón de los hombres, desde el cielo envía su Espíritu cargado de dones que reparte a los doctores, apóstoles, evangelistas, a todos los ministros de la palabra (Ef. 4, 7-16), a fin de que edifiquen Iglesia, que hagan crecer el cuerpo de Cristo (Ef. ib.). Es, pues, la predicación una función que Cristo ejerce cuando quiere echar cuerpo en la Iglesia, darse a sí mismo una expansión vital en su pleroma que es la Iglesia. Por consiguiente, la predicación no sólo se inspira en Cristo, o tiene por tema a Cristo muerto y resucitado, o se ejerce por mandato y

12. *San Agustín*, sermo 354; PL 39, 1563.

autoridad de Cristo —todo esto es verdad—, pero también es algo más profundo: una de las actividades que Cristo glorioso ejerce para lograr crecer como varón perfecto en su Iglesia es esta de hacerse proclamar, de pregonarse a sí mismo por boca de sus misioneros: Cristo predica a Cristo.

B) *La predicación contiene a Cristo.* — Esta afirmación implica una mayor, más íntima unión entre Cristo y la función kerigmática. En su sentido más inmediato quiere decirse que el tema esencial de la predicación evangélica es Cristo, más en concreto, Cristo muerto y resucitado.

El contenido sustancial y primario del kerigma de salvación es Cristo muerto y resucitado. Los apóstoles son por excelencia los pregoneros de la gesta del Padre que resucitó a Cristo. Como desarrollo de este germen central entran en acción otros temas del evangelio.

Los esquemas de sermones que se nos conservan en los *Hechos* también están centrados en torno a la resurrección de Cristo. Cuando se tratan otros temas se hace como ampliación y como aclaración de este tema central de la resurrección: hacia adelante, hacia la preexistencia y hacia lo profundo. En todas las direcciones de la Historia de Salud ¹³.

Ya decíamos antes que para Pablo el tema básico y constante de la predicación es un misterio: el amor caritativo del Padre; que se manifiesta en una persona histórica: Jesús; y en un suceso histórico: la Pascua, muerte y resurrección de Jesús. Y para una finalidad pastoral más inmediata, el tema de la predicación se centra todo en Cristo muerto y resucitado. En este acontecimiento se revela todo el ser de Cristo y en Cristo todo el misterio del Padre. Por eso Pablo resume su predicación en Cristo crucificado y resucitado. Todo lo demás que Pablo intenta predicar y predica son variaciones en torno a este tema central: Misterio del Padre en Cristo muerto y resucitado.

Pero hay más. La predicación no sólo contiene a Cristo muerto y resucitado en cuanto que habla de El, sino que, al pregonar el misterio de Cristo, todo él se rememora y se reproduce ante los oyentes de *aquí y ahora*.

13. El proceso que va desde el Pregón Pascual hasta la predicación de las otras verdades cristológicas y teológicas en general, puede verse en A. DE VILLALMONTE, *La Teología Kerigmática*, pp. 28-46. H. SCHLIER, *Wort Gottes*, pp. 41-48. El proceso que va desde el primitivo «pregón pascual» hasta la cristología del NT., lo examina detenidamente R. GIESELMANN, *Jesus der Christus. Die Urform des apostolischen Kerygmas als Norm unserer Verkündigung und Theologie von Jesus-Christus*, Stuttgart, 1961, pp. 103-175.

La predicación ciertamente contiene a Cristo en sentido narrativo e histórico, en cuanto que ella habla, sustancialmente, de Cristo muerto y resucitado. Nos quiere decir y nos dice cómo sucedió este acontecimiento de la Historia de salud y las consecuencias que implica para la salvación del género humano y de cada hombre en particular. Indudablemente que la predicación nos instruye, nos enseña acerca del misterio Pascual. Pero, sucede algo más hondo cuando se predica: la predicación reproduce ante los oyentes y *en* los oyentes los acontecimientos que pregona. Aquí y ahora, cuando se pregona la Pascua de Cristo, se reproduce todo el Misterio de Cristo, en cuanto depende de la intención de Dios.

Esto podemos comprenderlo reflexionando un poco sobre las fórmulas que Pablo utiliza para hablar de la predicación. La predicación es una «revelación» de Jesucristo —apocalipsis— (Gal. 1, 12). La revelación la solemos entender en un sentido prevalentemente lógico, verbal; pero en estos textos paulinos implica algo más hondo. Es una auténtica «teofanía-cristofanía», una presencialización del Misterio de Cristo ante el oído interior de los hombres que son afectados por la Palabra.

Anteriormente describíamos la palabra como una «teofanía». En el mismo sentido podemos hablar de una «cristofanía»: el Misterio de Cristo se «presencializa» en el momento en que es pregonado. Cuando «Cristo predica a Cristo» expresa su voluntad actual de realizar y de reproducir de hecho en los que aceptan la palabra, en el corazón de los oyentes dóciles, su muerte y resurrección por la fe y caridad.

Generalmente solemos reducir la presencia de Cristo a la presencia sacramental, sobre todo al bautismo y en forma del todo intensa en la Cena del Señor. Sin embargo, la predicación también forma parte integrante de la historia objetiva de salvación y por ello el que predica hace historia de salud. También ahora por la fe y la caridad del que se entrega al mensaje. Más adelante hablaremos de las relaciones entre la «presencia» sacramental de Cristo y su presencia que diríamos «kerigmática» y de las distinciones entre ambas. De momento afirmamos que, así como el sacramento es una forma intensa de reproducir la « semejanza de la muerte del Señor » (Rom. 6, 5; Flp. 3, 10) también la predicación reproduce este mismo misterio pascual en los oyentes. En nuestro actual modo de expresarnos el problema aquí insinuado coincide con el problema de la *eficacia* de la predicación, ya en sí misma ya en comparación a la eficacia del sacramento.

La locura de la predicación. — La predicación paulina está tan embebida de Cristo y del misterio de su cruz que lo lleva hasta en la misma forma externa de presentarse.

Pablo nos habla de la «locura de la predicación» (I Cor. 1, 21-25). Sin duda que la locura de la predicación paulina radica en algo muy profundo, en su contenido mismo, que es Cristo crucificado; la locura de la Cruz que es escándalo para los judíos y necesidad para los gentiles (1 Cor. 1, 23). Pero, así como Pablo llevaba los «estigmas» de Cristo en su corazón y hasta en su misma carne mortal (Gal. 6, 17), también llevaba la locura de la Cruz tanto en el contenido como en la forma externa de la predicación. La idea puede parecer secundaria en una reflexión teológica sobre la predicación; pero, es muy significativa como expresión y símbolo del intenso y absorbente cristocentrismo en la actividad misionera de Pablo.

La «locura de la predicación» es una expresión completamente paralela a la «locura de la Cruz». Se ve claro que el kerigma paulino, en su misma presentación externa ante los corintios, estaba contagiado por la locura de la Cruz que pregonaba. La locura de la Cruz consiste en que, por medio de la ignominia, del anonadamiento, de lo humanamente repelente y afrentoso, cual es lo que pende de una Cruz (Gal. 3, 13), Dios ha obrado la salvación del mundo. Lo que era abominación y maldición para los hombres —un crucificado— ha sido proclamado por Dios como Hijo suyo, fuera del cual no hay salvación.

Pues la predicación de Pablo reviste los mismos rasgos externos de la cruz: «Mi predicación a vosotros no fue en sublimidad de palabras, sino en ostentación de poder y de espíritu, lleno de temor, como acobardado» (I Cor. 2, 1-5). La predicación de Pablo no tenía la elegancia literaria que cabría esperar de un famoso predicador, ni de la grandeza de las verdades que proclamaba. Este mismo hecho lo aprovecha Pablo para recomendar la autenticidad divina. Esta visible y real despreocupación por la forma literaria, era una desagradable sorpresa para los Corintios amantes del buen decir. Pero era un descuido buscado, para que los Corintios no quedasen prendidos en las formas exteriores sin llegar al contenido. O atribuyesen la eficiencia de la palabra para transformar los corazones, más a la donosura, elegancia y fuerza persuasiva humana del lenguaje que a la virtud del Espíritu. La predicación debe ser como Cristo crucificado: ante el hombre natural algo despreciable, hiriente a su sensibilidad, desarmonico para su inteligencia. Pero, en su interior contiene la fuerza y poder de Dios: su poder de salvar a los hombres. Así pasa con la palabra evangélica: es algo elemental, sin apariencia, deshilachado

y bronco (como muchos textos paulinos), pero cargado con la fuerza del Espíritu.

Naturalmente, no se trata de «desapreciar» los recursos humanos de persuasión. Pasa como en Cristo: tomó forma de esclavo, pero de ahí no se sigue que su «humanidad» toda entera fuese despreciable. Simplemente era desproporcionada para los efectos grandiosos que Dios obró por medio de ella. Lo mismo en la predicación: puede lograrse una forma literaria perfecta; pero, aún entonces, serán una expresión pobre, insuficiente, prácticamente «desapreciable» en orden a los efectos sobrenaturales que va a producir: la conversión sobrenatural del hombre en la fe y caridad.

8. *La predicación en la Historia de Salud.*

Acabamos de llamar a la predicación una «cristofanía», una «apocalipsis» en que Cristo mismo, en forma de palabra alada, vibra ante los oyentes, penetra en los oídos de su corazón y habita allí por la fe y la caridad. Por esta razón hay que ver la actividad predicatoria como una prolongación dinámica, funcional, pneumática del ser de Cristo. Una etapa indispensable en el despliegue de sus virtualidades, que va desde la resurrección hasta la parusia. Una de las etapas por las que pasa el Kyrios-Cristo después de su primera proclamación en la resurrección, es esta otra: la de «ser-pregonado» en la Iglesia y en el mundo entero.

Esta reflexión sobre la predicación como «teofanía-cristofanía» recibe nueva luz si consideramos el puesto que ocupa la predicación en la Historia de Salud. En realidad con esta consideración nueva, no nos apartamos en nada de la referencia cristocéntrica de la predicación, ya que la Historia de Salud toda ella no es más que la «historia sagrada de Cristo». Debemos tener en cuenta la coincidencia total de estas fórmulas y realidades: Historia de Salud-Historia sagrada de Cristo-misterio de Cristo que se revela. Ni tampoco se pierda de vista la finalidad de nuestra reflexión: ver la *eficacia* de la predicación en orden a «edificar» el Cuerpo de Cristo, la Iglesia. Para comprender lo ancho y lo hondo de esta eficacia, nos es necesario ahora mirar el fenómeno de la predicación en toda la hondura teológica que se trasluce en los textos paulinos: un acontecimiento que hunde sus raíces en el amor eterno del Padre, el cual se nos revela en Cristo para nuestra salvación. Es ver la tarea de predicar «sub ratione Deitatis», como diría un teólogo actual.

Generalmente concebimos la predicación como una explicación doctrinal sobre las verdades de salvación y sobre los hechos de la Historia de Salud. Como si en un momento dado se hubiera cumplido

la historia sagrada —la muerte y resurrección de Cristo sobre todo— y ahora nosotros, por medio de la predicación la narrásemos y explicásemos para captar conceptualmente su contenido salvífico. O también, aunque los hechos salvíficos se realicen en nuestro tiempo como, por ejemplo, la justificación del hombre por la gracia, solemos dissociarlas como dos realidades aparte, aunque íntimamente relacionadas: Historia de salud universal o particular y luego la explicación de su contenido, que se nos hace por la predicación y más ampliamente por la teología.

Es verdad: la predicación implica narración, aclaración y enseñanza autoritativa de los hechos salvíficos y de las verdades reveladas que sobre ellos se elevan. Pero, también es algo más: el acto mismo de predicar, pregonar la Enhorabuena de salvación, es un *episodio*, un paso en el desarrollo del plan objetivo de salvación, de la economía de salvación.

Veamos cuál es el proceso de la Historia de Salud, según lo concibe san Pablo.

Esta Historia sagrada está ligada a la revelación del Misterio de que tantas veces nos habla san Pablo, dándose él por muy entendido en el conocimiento de este *misterio*.

En las cartas de cautividad —Efesios y Colosenses— nos describe a grandes rasgos los episodios más salientes de esta Historia, los pasos y proceso que sigue Dios para la revelación plena del Misterio de Salud y su «economía».

Primeramente el Misterio aparece germinando desde la eternidad en el corazón del Padre, como una amorosa decisión de su voluntad de salvar a todos los hombres en Cristo, de recapitular todo en Cristo, para alabanza de su gloria (Ef. 1, 1-14). Aunque durante siglos y generaciones el misterio estuvo oculto (Col. 1, 26-27; Ef. 3, 1-13), pero por su propia naturaleza estaba llamado a ser pregonado. El mismo Padre que lo había concebido se encargó de pregonarlo en su Hijo Jesús, en su muerte y resurrección, en la cual el Padre «proclama» a Jesús de Nazaret como Kyrios y Cristo suyo (Hech. 2, 34-35; 3, 13). Cristo resucitando es, diríamos, el *kerigma sustantivo* del Padre, en que El pregonera el Misterio de su voluntad.

Pero, con esto no ha terminado la «historia» del Misterio. El Padre ha escogido «heraldos-pregoneros-ministros del Misterio», cuales son Pablo y los demás predicadores. Los ha asumido a la categoría de instrumentos y los ha incorporado así a la misma Historia, al proceso objetivo de revelación del Misterio. La tarea del pregonero del misterio es esta: cumplir con su acción la etapa de la Historia del Misterio que va desde la muerte y resurrección de Cristo como aconte-

cimiento cósmico, hasta su muerte y resurrección en el corazón de los creyentes por el bautismo, la fe y la difusión del Espíritu. Como ya indicábamos Pablo considera que su acción misionera es una parte integrante del mismo Misterio que se revela predicando: se revela y se realiza al mismo tiempo.

En cada una de las etapas del Misterio se contienen y están virtualmente compresentes y cooperantes las demás: Cuando el Misterio está en el corazón del Padre ya está lanzado hacia su revelación en Cristo. Cuando se revela en Cristo ya contiene virtualmente la revelación en la Iglesia por medio de los predicadores. Y de nuevo insistimos en que no se trata de una continencia virtual-conceptual, sino de continencia óntico-objetiva; como se contienen unas en otras las etapas ascendentes de un mismo proceso vital progresivo.

También en *Filip. 2, 5-10* encontramos los rasgos fundamentales de la Historia Sagrada objetiva que se cumple en Cristo y ha de cumplirse en todo cristiano. Tres son las etapas o estadios del proceso que se mencionan en este texto: a) La preexistencia de Cristo, en la forma de Dios (v. 6); b) el estado de anonadamiento (kenosis), que comprende la encarnación —vida terrena-la Cruz— la bajada a los infiernos (v. 7-8); c) la exaltación, que empieza desde los infiernos y sigue en la resurrección —ascensión— asientó a la derecha del Padre, proclamación como Kyrios en la Iglesia y en la creación entera (v. 9-10).

Dentro de esta sucinta Historia de Salud que Cristo vive, la predicación o pregón sobre Cristo encuadra dentro del tercer estadio: en el estadio de su exaltación y proclamación como Señor (Kyrios) de la Iglesia y del universo.

La primera proclamación de Cristo como Kyrios la hizo el Padre resucitando a Cristo y proclamando esta resurrección por medio de sus ángeles. El «Paschale Praeconium» de los ángeles junto al sepulcro vacío, se convierte en el *Pregón Pascual* de la Iglesia primitiva y de la Iglesia de siempre hasta el fin de los siglos. Lo demás que se pregone o predique brota de aquí, del pregón que anuncia pública y solemnemente que Cristo resucitado, fue constituido por el Padre en Ungido suyo (Cristo) y Señor (Kyrios) de la creación redimida.

Ofrece una aclaración interesante al problema otro texto de san Pablo que dice: «Y sin duda que es grande el misterio de piedad. Que se ha manifestado en la carne, ha sido justificado por el Espíritu, ha sido mostrado a los ángeles, predicado a las naciones, creído en el mundo, ensalzado en la gloria» (I Tim. 3, 16). Este himno contiene una descripción sucinta del drama de la redención del mundo realizada por Cristo, una narración esquemática de la «Historia Sagrada»

de Jesús. Cristo es el «Misterio de piedad», ya que en El se condensa toda la amorosa piedad del Padre en orden a salvar a los hombres. Este misterio de piedad se manifiesta en la carne, cuando «el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros y contemplamos su gloria, gloria como de Unigénito del Padre» (Jn. 1, 14). Durante su vida terrenal el Espíritu dio una justificación y testimonio a favor de su obra, en el momento de la resurrección (Rom. 1, 4; 8, 11), el día de Pentecostés y en la difusión de carismas en la Iglesia (Ef. 4; I Cor. 12). Y dentro de esta Historia Sagrada el momento kerigmático: Cristo proclamado entre los *gentiles*. Ya conocemos quién es el heraldo que realiza esta proclamación: Pablo elegido por Dios desde la eternidad para este «servicio».

Una vez más el ser proclamado es uno de los episodios en el desarrollo objetivo de la Historia de Salud. Uno de los «estados» objetivos en los que Cristo se encuentra en su paso hacia la glorificación perfecta como Kyrios-Señor es este de «ser-pregonado», ser un Kerigma sustantivo de salvación. Así como hablamos del Cristo terrenal (Jesús en su condición carnal), del Cristo glorioso triunfante al final de los tiempos, también hay un Cristo «kerigmático», el Cristo del Kerigma que vive en la predicación y se hace palabra predicada, en este entretiem po que va desde Pascua a la Parusia.

Todas estas etapas de la Historia de Salud están íntimamente unidas entre sí, dinámicamente presentes unas en otras; brotando unas de otras en perfecta concatenación vital como si formasen la pululación viviente de un mismo organismo que progresivamente va creciendo.

Desde la eternidad brota el Misterio en el corazón del Padre. Este pregona su Misterio en Cristo, que en todo su ser es Kerigma, Pregón sustantivo del Padre que anuncia en El a los hombres su «misterio». Todo Cristo es Logos, Palabra-Realidad que proclama lo que es la vida de Dios para nosotros. Y así como el Padre hace de Cristo su Pregón ante los hombres, así Cristo busca proclamar las insondables riquezas que el Padre ha puesto en El por el ministerio de Pablo y los demás predicadores: Cristo pregona a Cristo. Este ser pregonado de Cristo es un paso indispensable para que el Misterio siga desarrollándose y pase desde Cristo a realizarse en el corazón de los hombres. Porque el Padre no quiere a Cristo solo, ni revelarse sólo en Cristo, sino en todos los hombres en Cristo (Rom. 8, 29; Ef. 1, 1-14).

Decimos que entre los acontecimientos salvíficos hay que contar el nacimiento de Cristo, su muerte y resurrección. También tenemos que afirmar que, a esta misma Historia objetiva, pertenece el ser proclamado Cristo, tal como tiene lugar en la predicación. No podemos cortar la secuencia de la Historia de Salud en ninguno de

sus momentos: Si Cristo no se encarna, el Misterio del Padre no se revela. Pero, si Cristo no es *proclamado*, también queda interrumpido el proceso de revelación del Misterio, aun realizada su muerte y resurrección en el hombre Jesús. El designio de Dios es que el Misterio se llegue a realizar en el corazón de los hombres en y por Cristo. Y precisamente este *paso hacia el corazón de los hombres*, es lo que se realiza cuando Cristo es pregonado, cuando es predicado.

Pablo, en su visión religiosa-existencial de la realidad, no concibe un ser que no tenga, como constitutivo óptico suyo, la cualidad-exigencia a ser pregonado. No piensa en Dios ni en nada divino sin pensar en su «gloria», o manifestación. Por eso el Misterio del Padre tiene exigencia a ser pregonado. No hay misterio sin esta exigencia, como *nos* es imposible pensar el ser de Dios sino es como un Dios para *nosotros*, comunicándose a nosotros. El Misterio es ambivalente: se da y se esconde, es difusión y trascendencia.

Lo mismo Cristo. Necesita ser pregonado para completar su realidad sobrenatural mediante la inexistencia y presencialidad operativa suya en los hombres por la fe y la caridad. Por eso la comunidad de los hombres creyentes es el pleroma de Cristo, la plenitud de su virtualidad dinámica, *misteriosa* y «señorial» (de Kyrios).

Ahora comprendemos mejor la importancia que la predicación tiene en la edificación del Cuerpo de Cristo, entendida ésta como un proceso objetivo de crecimiento «espiritual» de Cristo. Cristo ni llega a desarrollar la plenitud de su ser «espiritual» sino siendo «pregonado». Sin la predicación no llega a expandir la riqueza de su virtud «espiritual» en la adquisición de nuevos miembros, no llega a *tener Cuerpo*, a ser Iglesia.

9. *La acción salvífica de la predicación.*

Desde el momento en que la predicación es «palabra de Dios», ya es normal que tenga la eficacia salvadora de la Palabra de Dios que da vida, santidad, justificación, reconciliación (cf. p...). La misma afirmación queda corroborada por el hecho de que la predicación «contiene a Cristo». Más aún, según acabamos de ver la predicación constituye un acontecimiento en el desarrollo del proceso *objetivo* de la Historia sagrada de Cristo, es Cristo mismo en *estado* de ser pregonado.

Con esto queda claro el puesto que ocupa la predicación dentro de la salvación (soteria) universal que se centra en Cristo. Es un momento objetivo de la gracia de Dios que es Cristo. Por ello la predicación misma ya es también una gracia de Dios que nos salva. Pero, sin desglosarla de la gracia universal que está en Cristo, será nece-

sario ver más en concreto la *acción específica* de la predicación dentro del plan total de la economía o dispensación de esta gracia.

Siguiendo una comparación cara a san Pablo y otros escritores del N. Testamento, diríamos que los factores que contribuyen a la «edificación» del Cuerpo de Cristo, de la Iglesia, son varios. Podríamos reducirlos —equematizando— a los siguientes: Elemento kerigmático, cultural, ético, carismático. El elemento *kerigmático* está constituido por la Palabra en sus múltiples formas, particularmente por la Palabra-kerigma, la predicación. El elemento *cultural* se refiere a los diversos actos de culto privado y público, especialmente a la celebración de los sacramentos, y sobre todo, la *Cena del Señor*. El elemento *ético* alude a la contribución del comportamiento cristiano a la edificación de la Iglesia, especialmente el testimonio-martirio. Finalmente, el elemento *carismático*, como serían los milagros y otros carismas que reparte el Espíritu para edificación.

Sin duda estos elementos no pueden pensarse disociados, sino que, como manifestaciones de un mismo Espíritu, obran siempre en perfecta compenetración e interdependencia. Sin embargo, cada uno de estos elementos tiene su relativa autonomía de acción dentro del efecto total, que es *edificar* el Cuerpo de Cristo, la Iglesia. Parece pues legítimo el preguntarnos por la eficacia específica que la palabra *predicada*, el kerigma evangélico tiene en orden a incorporar al hombre a Cristo y hacerle vivir en El. Insistimos en que la acción de la predicación no ha de disociarse de la acción de los otros factores. Menos en Pablo que en otro cualquiera. Sin embargo, nosotros necesitamos distinguir para comprender.

Yo puse el fundamento. — La labor propia suya como apóstol de los gentiles y el resultado de esa acción la describe Pablo como un «poner el fundamento» de la Iglesia, Templo de Dios: «Según la gracia de Dios que me fue dada, yo, cual sabio arquitecto, puse el fundamento y otro sobreedifica» (I Cor. 3, 10). «Que no me envió Cristo a bautizar, sino a evangelizar» (Ibid. 17). Naturalmente que también Pablo bautizaba en ocasiones y, sobre todo, celebraba la Cena del Señor. Pero, su modo personal de contribuir a levantar el Templo de la Iglesia para Dios, es el de pregonar la Buenanueva de salvación. La actividad misionera es la actividad fundamental y primera dentro del plano ordenado, que un sabio arquitecto tiene para edificar la Iglesia. Pablo mantiene con cuidado esta actitud de «fundamentador» de la Iglesia por la predicación, según lo dice expresamente: «imponiéndome como punto de honra la norma de no predicar el evangelio sino donde Cristo no había sido nombrado, para no edificar sobre fundamento ajeno, antes bien según está escrito, los que ninguna nueva per-

cibieron de él, le verán, y los que nada han oído alcanzarán inteligencia» (Rom. 15, 20-21).

Aunque a la actividad misionera se le asigna la función de *fundamentar*, sin embargo no pretende Pablo que, una vez fundada la Iglesia, la proclamación de la palabra de Dios pierda importancia, o pase a segundo plano. Poner fundamento es una expresión metafórica. La Iglesia es un edificio vivo que crece continuamente en la medida en que está en conexión vital con su fundamento. Así aparece claro en la aplicación de la metáfora del fundamento a Cristo (I Cor. 3, 11) sin el cual ningún fruto se puede producir (Jn. 15, 1-12). Otra metáfora de Pablo nos sugiere esta necesidad vital de la predicación: «Yo planté» (I Cor. 3, 6). La Palabra de Dios es semejante al grano de trigo que un hombre sembró en su heredad (Mt. 13, 1-24), un principio vital de la Iglesia que ha de estar siempre en actividad para que ésta subsista.

La predicación provoca la fe. — Profundizando este fundamento de la Iglesia que Pablo pone cuando predica, descubrimos que la Palabra de Dios funda la Iglesia en cuanto produce la fe en el corazón de los hombres.

El texto clásico y claro en este sentido lo encontramos en Rom. 10, 8-20. «Cerca de ti está la palabra, en tu boca, en tu corazón. Tal es la palabra de la fe que predicamos». La fe que viene por la palabra es la base de toda religiosidad y del culto de alabanza que debemos dar a Dios (v. 9-13) (Cfr. Hb. 11). «¿Pero cómo invocarán a aquel en quien no creyeron? ¿Y cómo creerán en aquél de quien no oyeron? ¿Y cómo oirán sin haber quien predique? ¿Y cómo predicarán si no fueren enviados? Según está escrito: qué hermosos son los pies de los mensajeros de la Buenanueva. Pero no todos han obedecido a la Buenanueva. Ya lo decía Isaías: Señor, ¿quién ha creído nuestra predicación? Así la fe nace de la predicación y de esta predicación es instrumento la Palabra de Cristo» (v. 14-17). Al principio de la misma carta había dicho que él había recibido la gracia del apostolado «para predicar, en alabanza de su nombre, la obediencia de la fe entre los paganos» (Rom. 1, 5).

Así pues, el efecto salvífico directamente producido por la predicación en el hombre es la fe. Naturalmente, hay que entender la fe en el sentido pleno y comprensivo en que la entiende san Pablo: Entrega total de la persona del hombre al Dios viviente y personal; la fe que obra por la caridad (Gal. 5, 6). Además se trata de la que es fundamento de toda religiosidad cristiana, ya que la fe que engendra la predicación ha de culminar en la alabanza y glorificación de Dios.

Engendra a Cristo en los corazones. — Dado el intenso cristocentrismo paulino ya era de esperar que el efecto de la predicación no pudiera describirse sin expresa alusión a Cristo.

Efectivamente, las fórmulas anteriores, y más en concreto la obediencia de la fe, es un nacimiento de Cristo en los corazones. Así nos lo dice en la carta a los Efesios: a Pablo se le ha concedido la gracia de ser dispensador del Misterio del Padre para que los gentiles, por la predicación del evangelio, entren en la salvación de Cristo; para que El «habe por la fe en vuestros corazones, enraizados y cimentados en la caridad» (Ef. 3, 17).

Ya sabemos que Pablo por la predicación pone el fundamento de la Iglesia. Pero, en seguida nos indica que «nadie puede poner otro fundamento fuera del que ya está puesto, que es Cristo Jesús» (I Cor. 3, 11). Fundamentar la vida cristiana en Cristo por la fe: tal es el efecto salvador que produce la palabra de Dios que se pregona en la predicación. Sobre este fundamento de Cristo viviendo por la fe en los corazones, bien cimentados y enraizados en la caridad, se puede seguir construyendo bajo impulso de la fuerza del Espíritu, hasta llegar a levantar un templo santo de Dios en el Espíritu.

Tenemos otra fórmula muy expresiva en este sentido: Pablo se dice padre espiritual de los fieles a quienes predicó. «Pues aunque tuviérais diez mil pedagogos en Cristo, pero no muchos padres; porque soy yo quien, por medio del evangelio, os he engendrado en Cristo Jesús» (I Cor. 4, 15). También había engendrado para Cristo en el corazón de los Gálatas, y ahora, al repetirles por carta su evangelio, «siente de nuevo dolores de parto hasta que se forme Cristo en vosotros» (Gal. 4, 19).

Predicación y «presencia» de Cristo. — Esta afirmación la venimos presintiendo en varios epígrafes anteriores. El término final de la actividad misionera de Pablo es hacer que Cristo —muerto y resucitado— viva en el corazón de los hombres; de forma que ya no vivan ellos, sino que Cristo viva en ellos, como le acontecía a Pablo mismo (Gal. 2, 19-21). Por eso la predicación nos hace *presente* a Cristo, le pone en comunicación personal con el oyente. Más aún, por la predicación se llega a una situación de convivencia con Cristo, asimilando el creyente su *forma vitae*, que es la caridad. Veamos el significado que para Pablo tiene este hecho de que la predicación «presencializa» a Cristo para reproducir en el oyente su Pascua —muerte y resurrección—.

Ya veíamos anteriormente que la predicación no sólo viene de Cristo y habla de Cristo, sino que *contiene* a Cristo. La misma idea se expresaba al decir que la predicación es una etapa en el proceso objetivo

de la Historia de Salud. Llegábamos más de cerca a esta presencia de Cristo al afirmar que la predicación provoca la fe y que, finalmente, engendra a Cristo en el corazón de los oyentes. Por fin, conviene recordar que la predicación es una «cristofanía», es decir, una revelación, patencia y presentación de Cristo en nosotros. Vamos a ver cómo todas estas expresiones hay que entenderlas en su sentido más denso: como una auténtica presencialidad óptica de Cristo por la reproducción de su muerte y resurrección en el oyente.

Diversas formas de «presencia» de Cristo en sus cristianos. — La predicación no es la única forma en que Cristo se hace presente en su Iglesia y en sus cristianos.

Cristo está presente en la oración de sus fieles, pues «donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mt. 18, 20).

Pablo conoce, sobre todo, la presencia sacramental de Cristo en sus cristianos. Por el rito bautismal Cristo crucificado y resucitado se hace tan intensamente presente en el bautizado, que éste queda auténticamente muerto y crucificado para Dios en Cristo y con Cristo (Rom. 6, 1-11 par.). Lo mismo significan las fórmulas de estar en Cristo, estar revestido de Cristo (Gal. 3, 27; Rom. 13, 14); sellados con su Espíritu (2 Col. 1, 21-22; Ef. 1, 13-14) bebiendo su mismo Espíritu (1 Cor. 12, 13). Momento del todo privilegiado para revivir y reproducir en forma comunitaria y eclesial la presencia del Señor es la Cena, en que se proclama y se realiza la presencia de Cristo muerto y resucitado (I Cor. 12, 23-31).

Así pues, además de la Palabra —kerigma que engendra a Cristo en los corazones por la fe— conoce Pablo la forma sacramental de reproducir en cada creyente la Pascua del Señor, su muerte y resurrección.

Podría preguntarse ahora por la relación que existe entre estas dos formas fundamentales de «presencializar» a Cristo, de reproducir su muerte y resurrección en el corazón del creyente. No podemos más que aludir brevemente al problema.

Según quieren algunos, el bautismo es una participación en la muerte y resurrección de Cristo, según se describe con viveza en Rom. 6; pero no realiza esta participación sino en cuanto va unido y sostenido por la Palabra de la predicación y la fe que provoca. También la Cena del Señor hace presente al Cristo glorioso y reproduce la muerte del Señor hasta que venga. Pero, sólo mediante la palabra que allí se pronuncia, por la cual se «proclama» la muerte del Señor, provocando la fe en el oyente. La muerte y resurrección que reproduce es la que se verifica cuando el hombre cree. El sacramento existe, en alguna forma, en Pablo, pero hay que verlo plenamente inmerso y subordi-

nado a la Palabra y recibiendo de ella su valor para reproducir la muerte del Señor. Reproducción que sólo tiene lugar por la fe ¹⁴.

También se ofrece otra solución bien distinta: La Palabra de la predicación está totalmente subordinada a la palabra sacramental. La Pascua del Señor se reproduce y participa, ante todo, por el sacramento y especialmente en la Cena del Señor. Esta sería la palabra completa y definitiva sobre la Cruz de Cristo. Las otras palabras serían «preparación», palabras previas hasta que llegue esta definitiva palabra sacramental ¹⁵.

Esta divergencia nos invita a señalar más en concreto el modo propio que la Predicación tiene de reproducir la Pascua del Señor y su relación con el modo sacramental de que también nos habla Pablo.

Predicación y Pascua del Señor. — Ya hemos indicado repetidas veces que el tema central de la predicación de Pablo es la Pascua del Señor, Cristo muerto y resucitado (p. 34). Pero, Pablo pregona la Pascua del Señor no como una noticia histórica o para hacer una reflexión doctrinal sobre ella, sino que al pregonarla quiere que se reitere y reproduzca en el corazón de los hombres. Así sucede cuando el hombre se entrega a Dios por la fe y Cristo es engendrado en los corazones.

Pablo cuenta con el bautismo y con la Cena del Señor como medios para reproducir también la Pascua del Señor. Pero él, personalmente, concibe la Iglesia, ante todo, como un conjunto de hombres «elegidos, llamados, *convocados*» por el Pregón de Salud. La palabra del Kerigma congrega, fundamenta y constituye la Iglesia. Naturalmente, la palabra *eficaz*, que realiza la Pascua que pregona, por la fe y la caridad.

Si se quiere hablar de la palabra y del sacramento como dos formas fundamentales de reproducir la muerte del Señor y, por tanto, de hacer Iglesia, nunca se las puede contraponer. Ni se las puede distinguir adecuadamente, ya que no hay una palabra de salud que, por la fe y caridad —y sin alguna relación de sacramento— produzca la Pascua del Señor en el hombre. Ni hay sacramento eficaz para reproducir la Pascua del Señor sin la colaboración de la palabra. Por lo que respecta a Pablo, tal vez haya que hablar de cierta prevalencia de la palabra sobre el sacramento, ya que él se cree enviado ante todo a predicar, más bien que a bautizar (I Cor. 1, 7). Por otra parte la

14. Nos referimos ahora a BULTMANN, *Theologie des Neuen Testaments*, 301 ss., 306-351. Esta interpretación de las relaciones entre palabra-sacramento es corriente entre los protestantes.

15. Por ej., H. SCHLIER, *Wort Gottes*, pp. 59-64. También C. FLORISTAN, *La palabra y el sacramento en la acción pastoral*, Scriptorium Victoricense, 8 (1961) 288-327; con abundante bibliografía católica sobre el tema.

palabra es un medio más universal y más independiente del sacramento para reproducir la Pascua del Señor en la fe-caridad. El sacramento es menos universal, aunque su actuación, cuando tiene lugar, sea más directa e intensa.

Pero, la verdadera solución al problema de las relaciones entre palabra y sacramento hay que buscarla en otra dirección más profunda. La única reproducción perfecta de la Pascua del Señor en el creyente se logra cuando éste recibe a Cristo por la fe y caridad. Entonces es cuando el hombre muere totalmente a su forma humana de existir y de actuar y queda incorporado a la forma divina de ser, que es agape-caridad. La palabra y el sacramento son medios para llegar a la fe-caridad. Medios sólo en cierto sentido autónomos el uno respecto del otro, según dijimos.

No hay que buscar en Pablo apoyo para hablar de una Iglesia de la Palabra (protestante) frente, o al menos muy distinta de una Iglesia del sacramento (católica). Lo que hay en Pablo es la Iglesia de la Caridad (*caetus caritatis*) que está más allá y más al fondo de la palabra y del sacramento. La caridad es el término de llegada tanto para la palabra como para el sacramento. En última instancia lo que edifica y hace crecer la Iglesia como templo santo de Dios es la caridad (Ef. 4, 15-16; 3, 17-19). Este es el principio vital e inmanente del crecimiento. Lo demás que el Espíritu obra en la Iglesia, predicación, carismas, testimonio-martirio, celebración de la Cena, son medios que quedan fuera como instrumentos, estímulos y fuerzas externas. En la medida en que cualquiera de estos medios produce caridad en esa misma medida ha de ser valorizado como elemento que incrementa la Iglesia, el Cuerpo de Cristo.

Predicación y vida en la caridad. — La concentración de toda la vida y actividad cristiana en la caridad es una idea básica para comprender a san Pablo.

Ya en la carta a los Corintios nos dice que todos los carismas y dones del espíritu pasan, pero, que sólo permanece la caridad: los carismas, la predicación, la celebración de la Cena, la fe y esperanza, todo es inferior a la caridad; todo pasa mientras ella permanece (I Cor. 13, 1-13).

Pero, es en las epístolas de la cautividad donde aparece más hondamente estudiado el Misterio de la Caridad. El Misterio de que Pablo se presenta como pregonero es el Misterio de la Caridad del Padre. Caridad que se revela en Cristo muerto y resucitado y luego en la reproducción en cada hombre de esta misma muerte y resurrección. Por eso, Pablo es pregonero del Misterio, ministro de Cristo muerto y resucitado y pregonero de la Caridad del Padre. Tanto la *palabra de reconciliación* (Rom. 11, 15; 2 Cor. 5, 19) como la proclamación

de la muerte del Señor en la Cena, se transforma en un pregón de la Caridad del Padre. Pregonando la Pascua del Señor Jesús no hace Pablo otra cosa que pregonar la Caridad del Padre. Y al querer que se reproduzca la Pascua del Señor, Cristo en los corazones, no hace otra cosa sino hacer llegar hasta ellos la Caridad del Padre. La Caridad es el principio, impulso y finalidad de toda la actividad kerigmática de Pablo. El contenido de su predicación es: Un misterio de la Caridad del Padre; que se revela en Cristo muerto y resucitado y que quiere reproducirse en el corazón de cada hombre. Desde el momento en que la Caridad del Padre, por medio de Cristo, se revela en el corazón termina el movimiento y la «dispensación» del Misterio a cuyo servicio está Pablo. Si la Pascua de Cristo es el tema central de la predicación de Pablo, lo es en cuanto símbolo y monumento de la Caridad salvífica del Padre y el signo eficaz escogido por el Padre para hacer llegar su Caridad al corazón del creyente. La Pascua del Señor se reproduce plenamente en el corazón del hombre solamente por la caridad; porque en la caridad muere el hombre totalmente a su forma de existir y actuar humana, natural, y es sobreelevado, trasportado a una forma de existir y actuar específicamente divina. Plantado el hombre en la caridad vive en Dios que es Caridad.

Cuando Pablo se presenta como «*ministro (diácono) del Misterio*» (Ef. 2, 7; cf. 3, 1-13; Col. 1, 23-25) se entiende de una dispensación o diaconía del Misterio de la Caridad del Padre, en Cristo muerto y resucitado por la caridad en el corazón del hombre.

ALEJANDRO DE VILLALMONTE, O. F. M. CAP.
Teologado de PP. Capuchinos — León